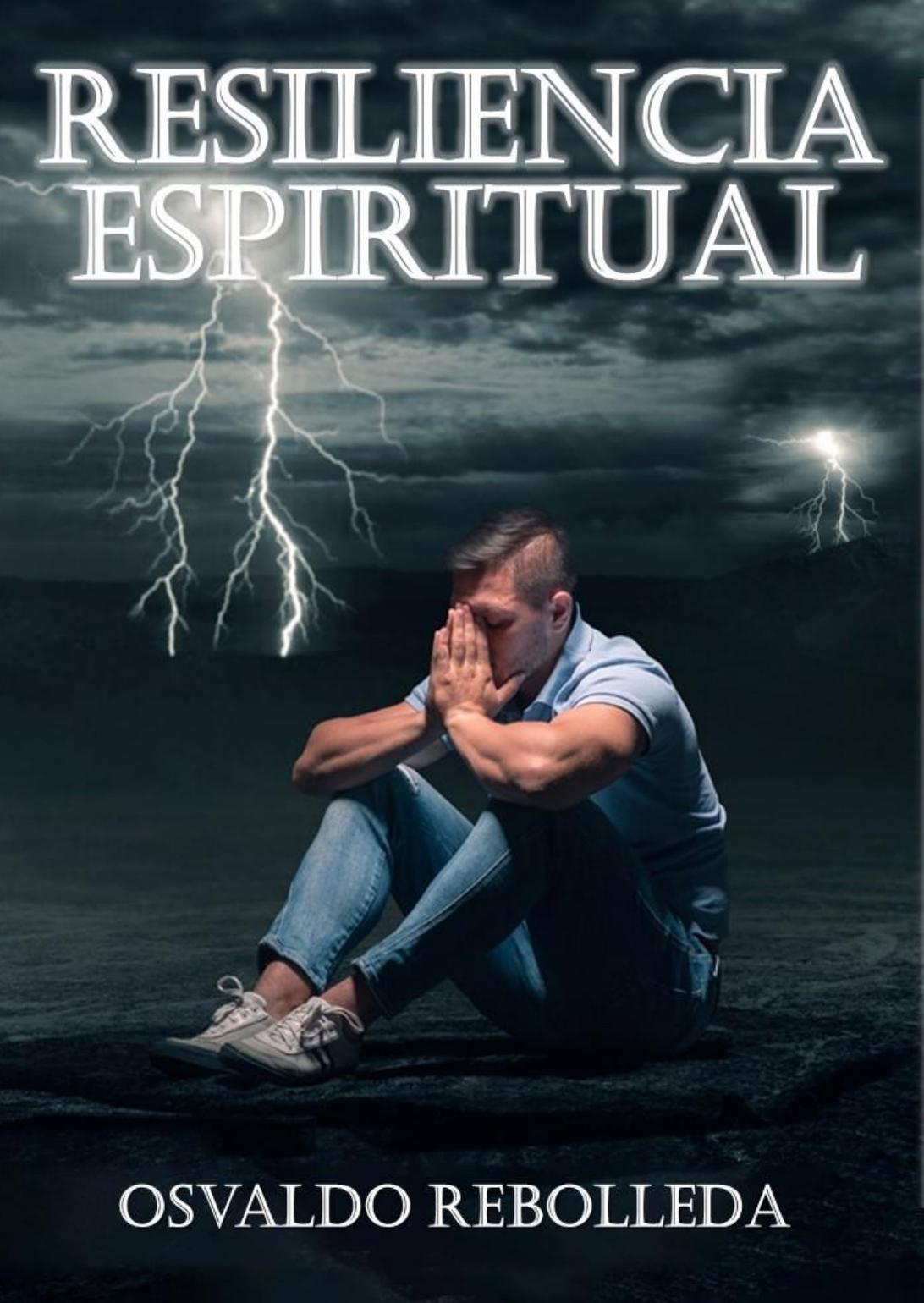


RESILIENCIA ESPIRITUAL

A man in a light blue polo shirt and jeans is sitting on the ground, hunched over with his hands covering his face, suggesting distress or prayer. The background is a dark, stormy landscape with several bright lightning bolts striking down. The overall mood is one of intense emotional or spiritual struggle.

OSVALDO REBOLLEDA

RESILIENCIA ESPIRITUAL



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
La gracia revelada y la resiliencia	11
Capítulo dos:	
Procesando procesos	27
Capítulo tres:	
Dependencia y resiliencia	43
Capítulo cuatro:	
La resiliencia espiritual y la Fe	55
Capítulo cinco:	
La resiliencia del Nuevo Hombre	69
Capítulo seis:	
La resiliencia corporativa	84

Capítulo siete:

La resiliencia y la revelación.....96

Reconocimientos.....111

Sobre el autor.....113



INTRODUCCIÓN

“Porque todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza”.

Romanos 15:4

Muchas veces la vida nos pone a prueba, nos plantea situaciones inesperadas, esas que uno no desea, pero que, sin embargo, nos visitan igual. Todos en algún momento padecemos un malestar físico, una desilusión amorosa, un conflicto familiar, la muerte de un ser querido, un revés financiero, el fracaso de un proyecto personal, o una difícil situación laboral, cosas que pueden ser capaces de causarnos grandes angustias.

En la historia misma, queda muy claro que los seres humanos tenemos una gran capacidad de superación. Los conflictos globales, las guerras, las catástrofes naturales y las pestes que han invadido el planeta, han puesto a prueba una y otra vez la resiliencia humana. De la misma manera, debo decir, que millones de personas en el mundo no han podido sobrellevar su dolor y se han quitado la vida.

De hecho, este es un gran flagelo en nuestros días, ya que el suicidio es una de las principales causas de muerte en

todo el mundo. Según las últimas estimaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS), cada año pierden la vida más personas por suicidio que por VIH, paludismo o cáncer de mama, o incluso por las guerras.

Lamentablemente, una persona se suicida en el mundo cada cuarenta segundos, lo que da un promedio aproximado de ochocientos mil fallecimientos al año, el doble que las víctimas de homicidio. En muchos casos se trata de un tema tabú y por ende, también es un problema silenciado, pero su prevalencia es altamente preocupante y de nivel global.

Muchos de nosotros, quienes fuimos alcanzados por la gracia de Dios, también sufrimos quebrantos de vida, y aunque algunos estuvimos al borde del suicidio, en lugar de la muerte, nos alcanzó la vida. Ciertamente, el quebranto sufrido sirvió para que el Espíritu Santo pudiera trabajar en nuestro corazón y para que Jesucristo se diera a conocer. Fuimos muy afortunados por eso, porque solo el obrar soberano fue lo que nos salvó.

No merecimos tal cosa, pero de eso se trata la gracia. Dios utilizó la adversidad para revelarse a nuestra vida, y eso lo cambió todo. Su vida nos trajo luz, y esa luz nos va revelando la verdad día a día. Esa verdad nos libera de nosotros mismos y de nuestras debilidades, a la vez que nos posiciona en la persona de Cristo. Esto es glorioso, porque nos va sacando de nuestras limitaciones y nos va empoderando en Él.

Tal vez al conocerle, muchos de nuestros problemas fueron solucionados, incluso, es tan maravilloso poder tocar Su presencia, que llegamos a pensar que somos invencibles, que viviendo bajo Su protección, no hay problemas que puedan alcanzarnos. Por supuesto, después de un tiempo, llegamos a comprender que esa es una falsa percepción y que Dios no está dispuesto a librarnos de todo.

Incluso diría, que problemas que nunca habíamos tenido, comienzan a ser parte de nuestras vidas de fe. Esto es muy importante poder asumirlo correctamente, porque la impronta de un mensaje equivocado, nos puede hacer pensar que con Dios se acabaron los problemas y luego, padecer la frustración de una aplastante realidad.

Dios nunca prometió, a través de Su Palabra, que no tendríamos ningún problema; por el contrario, Jesús dijo: ***“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*** (Mateo 16:33). De hecho, no hay personaje en la Biblia que no haya padecido grandes dificultades, y deberíamos comprender que esas experiencias han quedado registradas para nuestra enseñanza.

La gran diferencia con las personas que no conocen a Dios, es que vivir con Él y vivir en Él, nos otorga, una seguridad, una capacidad, una resiliencia extraordinaria, o más bien diría sobrenatural, es por eso que determiné escribir este libro sobre el tema, porque creo que es una materia

pendiente para los cristianos, el comprender el poder que tenemos en Cristo para soportar toda prueba.

Según la definición de la Real Academia Española de la Lengua (RAE), resiliencia es la capacidad humana de asumir con flexibilidad situaciones, límites y sobreponerse a ellas. No solo gracias a la resiliencia somos capaces de afrontar las crisis o situaciones potencialmente traumáticas, sino que también podemos salir fortalecidos de ellas.

La resiliencia implica reestructurar nuestros recursos en función de las nuevas circunstancias y de nuestras necesidades. De esta manera, las personas con resiliencia, no solo son capaces de sobreponerse a las adversidades que les ha tocado vivir, sino que van un paso más allá y utilizan esas situaciones para crecer y desarrollar al máximo su potencial.

Para las personas que han cultivado resiliencia, no existe una vida dura, sino momentos difíciles. Y no se trata de una simple disquisición terminológica, sino de una manera diferente y más optimista de ver el mundo, ya que son conscientes de que después de la tormenta llega la calma. De hecho, estas personas a menudo sorprenden por su buen humor y nos hacen preguntarnos cómo es posible que, después de todo lo que han pasado, puedan afrontar la vida con una sonrisa en los labios.

Sin duda, muchas personas tienen resiliencia personal para salir adelante en la vida, pero mi cuestionamiento es el siguiente: Si las personas sin la vida de Dios, obrando en

ellos, pueden tener resiliencia para salir adelante, superando tremendas crisis, ¿cuánto más nosotros que vivimos en Cristo? No pretendo juzgar a nadie, pero me parece, por las cosas que he visto entre los santos, que nos falta mucha revelación al respecto.

Este libro es un llamado a salir de víctimas y convertirnos en vencedores, es un llamado a dejar de quejarnos y descubrir la fortaleza que tenemos en Cristo. Es un llamado a ponernos de pie, aún como soldados heridos en medio de una batalla. Es un llamado a reconocer la posibilidad de enfrentar grandes problemas, con la revelación de estar bajo la supervisión del Soberano.

Este libro nos demostrará claramente que en nuestra debilidad se manifiesta el poder de Dios y que, bajo Su poder, somos más que vencedores. Es un libro para tomar consciencia de que, por la gracia, somos personas especiales, y que si no podemos obtener resiliencia espiritual con el Espíritu de Cristo habitando nuestro ser, y metidos en Su cuerpo, es porque no hemos comprendido el evangelio del Reino.

Estoy convencido de que este libro puede sentar bases de poder en nuestra consciencia, para enfrentar los tiempos que se vienen sobre el mundo. Con evangélicos temerosos y débiles, no podremos consumir nuestro propósito con efectividad. La realidad presente nos demanda resiliencia espiritual en el poder del Altísimo, y este libro puede ayudarnos a alcanzarla.

“Y aun en la vejez y las canas, no me desampares, oh Dios, hasta que anuncie tu poder a esta generación, tu poderío a todos los que han de venir.”

Salmos 71:18



Capítulo uno

LA GRACIA REVELADA Y LA RESILIENCIA

*“Porque siete veces cae el justo,
Y vuelve a levantarse...”*
Proverbios 24:16

La resiliencia es la fortaleza que nos permite seguir adelante, a pesar de las dificultades enfrentadas o los obstáculos superados, y es del Reino, cuando lo hacemos con la esperanza cierta de que Dios es Soberano y tiene todo bajo Su control.

Según diferentes investigaciones, la resiliencia es ordinaria, no extraordinaria, y consideran que la gente de manera natural demuestra diferentes grados de resiliencia, según las adversidades que debe enfrentar. También ha generado algunas divergencias respecto de sí la resiliencia puede aprenderse, o es algo que la gente ya posee en sus corazones y surge espontáneamente durante las adversidades.

Sea de una forma u otra, las diferencias científicas no son importantes para mí, porque no trataré de demostrar nada de eso. Me parece lógico que la gente tenga, de manera natural, un grado de resiliencia, porque podemos ver eso claramente dando un simple repaso a la historia de la humanidad. También me parece lógico que la vida misma nos enseñe algunas lecciones. Lo que yo sí voy a demostrar es que los hijos de Dios contamos con una resiliencia extraordinaria y sobrenatural que debemos descubrir y valorar.

Toda persona, de manera natural, tiene un grado de amor, de paz, de paciencia, de gozo, de confianza, de mansedumbre, de templanza, de benignidad, o incluso de fe. Sin embargo, quienes hemos sido regenerados por la gracia del Señor, además de tener estas virtudes de manera natural, tenemos el fruto del Espíritu, lo cual nos dimensiona de manera sobrenatural y poderosa (**Gálatas 5:22 y 23**).

Uno de los errores más comunes de los hijos de Dios, es confundir estas capacidades, entre las naturales y las espirituales. Cuando alguien no logra discernir las diferencias, puede terminar tratando de vivir lo espiritual, con capacidades naturales, y tal cosa nunca le permitirá una vida efectiva.

Toda persona tiene una medida de amor, pero ese amor natural ciertamente es egoísta, selectivo, limitado y fluctuante. Incluso un asesino o un satanista, con todas sus maldades, pueden amar a alguien. Sin embargo, los hijos de

Dios obtenemos de la vida de Cristo el amor sobrenatural de **1 Corintios 13**. Ese no es el amor que surge de la naturaleza pecaminosa, sino el amor perfecto y puro del Señor.

Cuando el Señor nos dice que debemos amar a nuestros enemigos (**Mateo 5:44**), no lo demanda de nuestra vieja naturaleza de pecado, sino que lo demanda porque primero nos otorga esa capacidad en Cristo. Dios nunca demanda lo que primero no nos otorgó, porque nada de lo humano o pecaminoso puede manifestar Su gloria, excepto lo que proviene de Él mismo, a través de la persona de Cristo.

Toda persona tiene una medida de paz, pero esa paz no necesariamente es la que proporciona la vida espiritual. La gran diferencia es la raíz que la produce, y la efectividad de la misma. La paz natural puede ser perturbada por cualquier situación, pero la paz de Dios es la que sobrepasa todo entendimiento y puede perdurar aún en medio de una guerra (**Filipenses 4:7**).

Toda persona tiene una medida de gozo, pero ese gozo natural es el que se produce artificialmente por medio de la posesión de bienes o ciertas experiencias. Sin embargo, el gozo del Señor es espiritual, y no se produce por algo, sino por alguien. La vida de Dios y la Luz que proporciona, nos produce un gozo constante y eterno, que es una fuente de poder que pocos conocen.

De la misma forma podría enumerar cada una de estas virtudes, y encontraremos la natural y la espiritual. La gran

diferencia entre ellas es la fuente que las produce. Todo lo natural está intrínseco en los seres humanos, pero todo lo espiritual proviene de la esencia divina. Incluso la fe, que siempre parece como algo espiritual, también puede ser alámica, carnal o incluso diabólica.

Todas las personas tienen una medida de fe, todos creen en algo o en alguien. Sin embargo, esa fe es razonada, o incluso sentida, más allá de toda lógica y razón, pero no es parte del fruto del Espíritu. La fe producida en Dios es absolutamente diferente y poderosa, porque es concebida en Dios y solo se activa desde la legalidad proporcionada por la verdad.

Con la resiliencia ocurre lo mismo, creo que hay una fuerza natural en cada persona, capaz de hacernos salir adelante ante muchas aflicciones. Sin embargo, lo que haremos en adelante será descubrir el poder de la resiliencia espiritual, que es sobrenatural y absolutamente inquebrantable.

Todos los hijos de Dios tenemos una resiliencia natural, pero además, tenemos una resiliencia espiritual, sobrenatural y gloriosa. La Biblia nos otorga claras enseñanzas al respecto, y en los capítulos siguientes nos introduciremos en ellas para descubrir el potencial que hoy en día está en nosotros, y que debemos aprender a utilizar.

El término resiliencia viene del latín “*re-salio*”, que significa “rebotar” o “saltar hacia atrás”. Se utilizó por

primera vez en física para definir la capacidad de un material de volver a su forma original, tras ser deformado por fuertes presiones. En lenguaje psicológico, la resiliencia se refiere a la capacidad de una persona o un sistema social para desarrollarse y crecer, encontrando un nuevo equilibrio a pesar de los duros golpes de la vida.

Jesucristo nos revela, a través de Su experiencia personal en la carne, que pase lo que pase, la vida es más fuerte que la muerte. Incluso las heridas pueden ser sanadas y regeneradas para una vida nueva. La esperanza es como una semilla que, ante la muerte, siempre propone vida y fructificación.

Esto no implica que nos gocemos en el sufrimiento, y mucho menos que busquemos sufrir con el fin de producir gloria para el Señor, pero debemos ser claros de que la revelación de Su soberanía puede ayudarnos a aliviar la desesperación ante heridas que, de otro modo, serían pura destrucción.

La imagen del encuentro de Jesús con su discípulo Tomás, después de Su resurrección, es una poderosa demostración de lo que este libro plantea. Todas las heridas de Cristo permanecían en Su cuerpo, pero se habían convertido en una nueva e inesperada forma de llegar a Él (**Juan 20:27**). Hay heridas en la vida que son inevitables, pero la prueba de la existencia de ellas es la evidencia de la llegada de Él a nosotros.

La posibilidad de que una vida herida por acontecimientos adversos pueda transformarse en una nueva existencia, o que la llegada de la muerte sea un portal para una vida mejor y eterna, es el núcleo del mensaje cristiano, y por supuesto, también el centro de la dinámica de la resiliencia.

Las situaciones dolorosas no deben percibirse como un destino eludible; no debemos pensar que, por ser cristianos, podremos esquivar el dolor. Tampoco saldremos en su búsqueda, pero debemos asumir que sin dudas vendrán. La gracia de caminar con Cristo no nos propone un camino sin espinas, pero nos otorga la certeza de una salida victoriosa. La incertidumbre es para los que no conocen los alcances del obrar divino, pero no para los hijos del Todopoderoso.

Al momento de encontrar tipologías, la Biblia es verdaderamente extraordinaria y sobrenatural. La forma en la que Dios envasó a Cristo en cada historia, en cada elemento y en muchos de los personajes más importantes, demuestra claramente que es mucho más que un libro. Es la Palabra del Dios vivo y es absolutamente sobrenatural.

En los personajes utilizados como tipología de Cristo encontramos abnegación, sacrificio, entrega, dependencia y poder sobrenatural, pero también encontramos resiliencia. Nunca hubo personajes que, como figura de Cristo, terminaran definitivamente abatidos o renunciando a su propósito. Incluso esto fue así, en aquellos que tuvieron que enfrentar a la misma muerte.

Adán fue creado a imagen y semejanza. Abel es un tipo de Cristo. Noé, Melquisedec, Isaac y José, en la época patriarcal, son claras figuras del Hijo de Dios. En el caso de este último, es un tipo bien conocido y fructífero de Jesucristo. De hecho, fue despreciado y rechazado. Un varón de dolores y experimentado en quebranto.

José fue desechado por el hombre, fue exaltado por Dios para ser un Príncipe y un Salvador. Es instructivo y reconfortante observar que en todas sus aflicciones había algunos elementos compensadores. Si los demonios tentaban a Cristo, los ángeles lo fortalecían. Dios siempre tiene alguna forma de escape para los que sufren (**1 Corintios 10:13**). Cada prueba soportada para Cristo traerá de alguna manera nuevos suministros de gracia y bendición.

Al igual que Jesús, José fue despreciado por sus hermanos, pero amado por su padre (**Génesis 37:3 y 4**). Al igual que Cristo, pudo llegar a los suyos, pero los suyos no lo recibieron (**Juan 1:11**), y aunque sus hermanos lo despreciaron, el padre lo reconoció como su hijo amado, en quien se sintió complacido.

Qué resiliencia puede generar en nosotros el saber que, a pesar de posibles desprecios, de diferentes personas o incluso de familiares, somos “Amados del Padre”. Recordemos que en la experiencia de Jesús, ni sus hermanos creían en Él (**Juan 7:5**). Fue despreciado por muchos judíos, y traicionado por varios de sus discípulos que lo abandonaron anticipadamente (**Juan 6:66**).

Los doce apóstoles también lo negaron y muy especialmente Judas, quien habiendo sido un compañero íntimo, lo terminó traicionando por unas treinta monedas de plata (**Mateo 26:14 al 16**). La misma gente, que lo había recibido en Jerusalén con palmas y con honores, terminó gritando: ¡Crucifíquelo! ¡Crucifíqueno!

José también fue odiado por contar sus visiones, y por decir la verdad (**Génesis 37:8 y 9**). Jesús llenaba de enojo a los religiosos que lo escuchaban, hablar con autoridad y decir que Él mismo era la verdad (**Juan 14:6**). Como cristiano, Esteban también fue odiado y apedreado por los religiosos, tan solo por decir la verdad, al igual que los apóstoles o miles y miles de cristianos que perseveraron en decir la verdad, a pesar de cualquier prohibición.

La Iglesia de hoy en día debería causar más rechazo y hostilidad, tan solo por levantar la voz expresando la verdad con toda pasión. Ojalá fuéramos más odiados por el sistema por decir la verdad al unísono. Tendríamos que ser más como José, como Esteban o como Jesús, proclamando fielmente la verdad bajo la unción del Espíritu Santo. ¿Quién de nosotros no ha sido criticado o despreciado alguna vez, tan solo por decir la verdad con verdadera pasión? Bueno, creo que eso debería ocurrirnos más a menudo.

Es muy duro trabajar para el Señor, decir la verdad sin reparos y obtener livianas críticas y murmuraciones. Pero es lógico que eso pase, cuando el evangelio es predicado en la unción del Espíritu. Siempre generará dos cosas: por un lado,

una efectiva penetración en los corazones dispuestos, y por otro lado, un profundo rechazo de quienes tienen sus corazones endurecidos.

Siempre digo que si vamos a servir a Dios con toda entrega, no deberían afectarnos los halagos, ni las críticas. Debemos procurar un corazón humilde, incapaz de retener halagos que solo son para el Señor, y debemos cultivar la resiliencia espiritual, para soportar las críticas, las descalificaciones y las mentiras que suelen levantarse cuando hacemos algo correctamente.

No debemos preocuparnos cuando el sistema nos rechaza, ni debemos doblegarnos cuando supuestos hermanos nos atacan. José fue arrojado a una cisterna por sus propios hermanos (**Génesis 37:24**). Jeremías fue arrojado a una cisterna con lodo, los amigos de Daniel fueron arrojados a un horno de fuego, y al mismo Daniel lo echaron en un foso con leones hambrientos, sin embargo, nadie puede tener poder sobre nosotros, excepto que se lo otorgue nuestro Padre Celestial, y de ser así, también sabemos que saldremos victoriosos.

La crítica duele, la mentira duele, la violencia duele, y la traición también. José fue vendido como esclavo por sus propios hermanos, al igual que Jesús, pero la resiliencia de ambos fue la de no sentirse víctimas, sino enfrentar la dura realidad como varones prósperos (**Génesis 39:2**). Todo lo que tocaba José era prosperado, incluso cuando estuvo preso, la Biblia dice que hizo prosperar la cárcel (**Génesis 39:23**).

La resiliencia de Jesús le permitió ser absolutamente próspero en misericordia y en perdón, porque después de semejante traición, Él solo tenía palabras de amor para con todos. Incluso para aquellos romanos que después de torturarlo jugaron por sus ropas. En ese momento, Jesús pudo expresar palabras de condenación para ellos, pero solo clamó diciendo: ***“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...”*** (Lucas 23:34).

José fue culpado falsamente por la mujer de Potifar, pero él no se rindió, ni asumió ser un desgraciado sin suerte; por el contrario, él sabía que Dios estaba presente en todo proceso (**Génesis 39:7 al 23**). De la misma forma, muchos cargos injustos y blasfemos fueron traídos contra el Santo Hijo de Dios, pero su resiliencia nos deja una lección inobjetable.

“Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”

Mateo 5:11 y 12

José salió de toda prueba con grandes honores, porque en el tiempo de Dios, fue sacado de la prisión, y puesto como segundo en autoridad en todo el reino de Egipto (**Génesis 41:40**). Fue exaltado, tal como lo fue Jesús, que después de estar en la condición de un simple hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, para

luego ser exaltado hasta lo sumo por el Padre, quien le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en Su nombre se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua lo confiese como el Señor **(Filipenses 2:9 al 11)**.

Ahora bien, la resiliencia de ambos les permitió sentarse en autoridad sin tomar venganza, contra aquellos que los habían herido previamente. Ninguno reaccionó desde la posición de autoridad y poder que habían recibido, sino que por el contrario, comprendieron que todo lo acontecido era producto de la voluntad del Padre, eran cosas muy dolorosas, pero que tenían que ocurrir, y por eso, en lugar de llegar al poder con corazones heridos, llegaron sanos para dar una gran lección.

Nosotros somos reyes en Cristo, y cuando nos posicionamos con autoridad y poder espiritual, no deberíamos jamás, ostentar nuestra posición para venganza de nadie. No importa lo que nos haya ocurrido antes, la revelación del Espíritu nos dará entendimiento para actuar con sabiduría espiritual, y eso no solo desatará mayor bendición sobre nosotros, sino que el Padre será glorificado por nuestra actitud, y quienes nos vean actuar así entrarán en gran convicción.

Los hermanos de José comenzaron a decir: ***“Verdaderamente, hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta***

angustia” (Génesis 42:21). Lo mismo ocurrió con los que vieron la entrega de Jesús y la misericordia que expresaba, por eso dijeron: *“Verdaderamente, este era Hijo de Dios...”* (Mateo 27:54).

Los hermanos de José lo traicionaron y lo vendieron, pero ahora se encontraban ante este hombre que reinaba sobre ellos, ahora eran ellos quienes estaban en inferioridad de condición y con gran convicción de su pecado. *“Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán”* (Zacarías 12:10), al reconocerlo, los hermanos de José lloraron ante él, confesando su pecado, tal como lo hicimos nosotros con Jesús, cuando reconocimos lo que habíamos hecho y delante de quién estábamos.

Ellos lo recibieron nuevamente como el hermano, pero lo reconocieron como su señor. Luego ellos salieron a proclamar las buenas nuevas de su hermano diciendo: *“José vive aún; y él es señor en toda la tierra de Egipto”* (Génesis 45:26). Nosotros también despreciamos a Jesucristo, pero Él se nos apareció como Rey, con gran poder y gloria, y en Su segunda venida, será reconocido como Rey de Gloria sobre toda la tierra. Es esa la buena nueva que debemos proclamar.

“No podía ya José contenerse delante de todos los que estaban al lado suyo, y clamó: Haced salir de mi presencia a todos. Y no quedó nadie con él, al darse a conocer José a sus hermanos” (Génesis 45:1). Nadie pudo revelar quién era José a sus hermanos, excepto él mismo. Nosotros tampoco pudimos comprender quién era Jesucristo, pero Él mismo se

reveló a nosotros por amor, y será revelado del cielo a todos los habitantes de la tierra.

Lógicamente, la revelación de Cristo para nosotros es mucho más que la revelación de José para sus hermanos. Ellos fueron impactados por esta revelación de un pasado culpable, la Palabra dice que: **“Estaban turbados delante de él” (Génesis 45:3)**. Cuando Cristo se reveló a nuestro ser, nuestros pecados se hicieron presentes, no tuvimos forma de ocultar nuestra injusticia, por eso solo caímos en arrepentimiento, pero eso era todo lo necesario para recibir perdón, era necesario que nuestros pecados fueran descubiertos, para que puedan ser enterrados para siempre. Como había anticipado proféticamente Miqueas:

“El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados”

Miqueas 7:19

José se reveló a sus hermanos para perdonarlos y les dijo: **“Yo soy José, vuestro hermano” (Génesis 45:4)**. Carne de su carne y hueso de sus huesos, Cristo fue hecho en semejanza de carne pecaminosa para que podamos ser participantes de su naturaleza divina (**2 Pedro 1:4**). Qué plenitud de consolación puede brotar de palabras semejantes en la boca de Jesús: *“Yo soy vuestro hermano... Por lo tanto, mi Padre es vuestro Padre...”*

José no solo perdonó a sus hermanos, sino que reconoció ante ellos que en todo hubo un plan divino, y para que no se sintieran tan mal, les dijo: ***“Pero no se pongan tristes, ni lamenten el haberme vendido, porque Dios me envió aquí, delante de ustedes, para preservarles la vida”*** (Génesis 45:5), y luego les hizo banquete, les dio de comer y les proveyó de un lugar en el territorio de Egipto, para que no padecieran el hambre y la inseguridad, nunca más en sus vidas. Por su parte, el Señor Jesucristo no solo nos ha preservado para vida eterna, sino que cada día nos invita a su banquete de amor para que todas nuestras necesidades puedan ser plenamente satisfechas (Mateo 11:28).

La resiliencia no solo permite la superación de las pruebas y el dolor, sino que genera una auto-superación, de manera tal, que después de toda situación adversa, podamos salir perfeccionados. Puede que la vida nos haya pegado duramente, puede que hayamos tenido que atravesar situaciones muy dolorosas, pero si fuimos alcanzados por la gracia, lo primero que debemos comprender es que Dios no estuvo ajeno a nuestros procesos.

Nada de lo que nos ocurrió en la vida ha sido en vano, puede que no hayamos comprendido toda prueba, pero si llegamos a comprender que el dolor abrió nuestro corazón para la recepción de la gracia, asumiremos que todo ha valido la pena. Si en lugar de seguir adelante con un corazón herido, recibimos sanidad y nos levantamos en amor, es porque hemos llegado a comprender el evangelio del Reino.

La gracia consiste en recibir lo que nosotros no merecemos. Si la gracia consistiera en recibir lo merecido, entonces el significado mismo de la gracia sería nulo. La gracia es gracia, justamente porque no incluye mérito alguno. Por lo tanto, Dios no nos salvó porque nos vio como víctimas del sufrimiento, y determinó hacer algo por nosotros. Él no nos vio de esa manera, no nos salvó por lástima, sino por la persona de Jesucristo y por Su justicia.

Nosotros fuimos injustos, traidores y malos con Dios, no importa si la vida nos trató mal. Lo primero que debemos observar es que nosotros ofendimos a Dios con nuestros pecados y desprecios. Sin embargo, sin merecerlo, Él nos perdonó absolutamente todo. Eso es gracia y Él espera que nosotros hagamos lo mismo con los demás.

La revelación de la gracia nos otorga resiliencia, porque al comprender nuestras injusticias, en lugar de vernos como víctimas de la vida, llegamos a vernos como privilegiados. Eso nos transforma para bien, nos empodera para avanzar sin heridas, sin rencores y sin facturas pendientes.

Muchos cristianos no comprenden las dimensiones de la gracia, porque la revelación de la misma requiere el reconocimiento total de la incompetencia personal. La gracia exige que reconozcamos nuestra perversión, y eso implica no poder ocupar el rol de víctimas. Es por eso que Dios nos perdona todo, pero luego nos ordena perdonar.

“Si tu hermano peca, repréndelo; y, si se arrepiente, perdónalo. Aun si peca contra ti siete veces en un día, y siete veces regresa a decirte: ¡Me arrepiento! Perdónalo.”

Lucas 17:3 y 4 NVI

Así es la revelación de la gracia. ***“Ahora, pues, no os entristezcáis”*** (Génesis 45:5), José estuvo dispuesto a olvidar el pasado, y Jesús también: ***“Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones”*** (Hebreos 10:17). La revelación de Cristo es la revelación de la gracia infinita de Dios, y cuando esa gracia nos alcanza, debe producir la transformación interior, de manera tal, que podamos ser llenos de gracia para otros.

José le dijo a sus hermanos: ***“Dios me ha puesto por señor de todo Egipto”*** (Génesis 45:9). Las llaves de los tesoros de Egipto cuelgan de la cintura de José, las del Reino de los cielos, están en las manos de Jesucristo, quien es el poseedor de todo. Las llaves del infierno y de la muerte están en sus manos, y toda la plenitud de la divinidad mora en Él, y nosotros hemos sido posicionados y provistos por Su maravillosa gracia. ¿No debería esto producir una gran resiliencia en nosotros?

***“Todo es vuestro, y vosotros de Cristo,
Y Cristo de Dios...”***

1 Corintios 3:23

Capítulo dos

PROCESANDO PROCESOS

*“Muchas son las aflicciones del justo,
Pero de todas ellas le libraré Jehová”.*

Salmo 34:19

Definimos la resiliencia como la capacidad de adaptarnos positivamente o recuperarnos de la adversidad. Expertos de la escuela de medicina de la universidad Johns Hopkins de los Estados Unidos plantean que la resiliencia contiene dos importantes características: La inmunidad protectora contra el estrés excesivo, y la capacidad para recuperarse de cualquier proceso de adversidad.

Los investigadores creen que las personas con estos atributos poseen un gran sentido de autoeficacia, considerándola como la confianza o la creencia de que podemos cambiar y marcar una diferencia en nuestras vidas, y posiblemente en las de los demás. Nosotros, transfiriendo el entendimiento a la dimensión espiritual, debemos añadir

que los hijos de Dios no encontramos resiliencia en el sentido de autoeficacia, porque llegamos a comprender nuestras limitaciones personales. No es que no creemos que los seres humanos tenemos una medida de resiliencia personal, es un hecho que sí la tenemos, solo que nosotros hemos llegado a comprender que no nos conviene confiar en nosotros mismos, ni llegar a creer que podemos marcar una diferencia con nuestras propias fuerzas.

Esto es muy importante asumirlo, porque vivimos en un tiempo, en el que los principios de “autoayuda”, han cobrado un rol fundamental en el impulso que procura la sociedad. La autoayuda es el soporte que una persona se brinda a sí misma, para afrontar una situación difícil o cultivar una sensación de bienestar personal. Se caracteriza por prescindir de la supervisión de terceros, durante todo el proceso de mejora y avance.

Esto parece algo humanamente bueno, el problema es que el principio tiene como objetivo prescindir de los demás, lo cual también incluye a Dios. Es obvio que la autoayuda es un recurso para una sociedad impía, pero de manera cultural, los hijos de Dios no estamos fuera del sistema, vivimos en él, y es casi lógico que ciertos paradigmas procuren invadirnos.

De hecho, esto es tan fuerte en la cultura actual, que muchos púlpitos han sido invadidos por mensajes motivacionales, que impulsan más la autoayuda y el poder personal, que la dependencia del poder divino. La motivación no es mala, pero es muy peligrosa, porque sin desearlo,

podemos estar empoderando al “Yo”, cuando en realidad, es la muerte del mismo, lo que nos otorga acceso al poder de la resurrección.

El Nuevo Pacto se vive en el Nuevo Hombre; la dependencia de Su vida y de Su fuerza es lo que nos permite vivir el Reino. La autoayuda es la capacitación del viejo hombre de pecado para que encuentre en sí mismo todo lo que necesita para sobreponerse a los procesos de adversidad, adaptándose y superándolos de manera efectiva.

El mensaje del Reino, está basado en Cristo, no en nosotros mismos. Es **“*Todo lo puedo en Cristo*” (Filipenses 4:13)**, no *“*Todo lo puedo porque tengo fe y Dios me ayudará...*”* Hay una expresión de fe, que está vinculada al humanismo: *“*Tan solo cree que podrás y lo alcanzarás...*”* Eso no es Reino, es humanismo disfrazado de fe.

El mensaje del Reino nos descalifica por completo, somos inútiles para salvarnos, para obedecer, para entender, para cambiar, para generar y para todo... No hay remedio en el hombre, por eso Pablo dijo: **“*No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno*” (Romanos 3:10 al 12).**

Pablo no dice que algunos son bastante buenos, no dice que los mejores se salvan, dice que no hay ni tan solo uno y que todos somos inútiles. El evangelio del Reino, está basado en Cristo y en lo que Él puede, no pone esperanzas en

nosotros mismos. Por el contrario, la idea es morir al “Yo”, porque la muerte del viejo hombre que está viciado, es lo que nos permite vivir en el Nuevo Hombre que es Cristo.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Gálatas 2:20

La autoeficacia o la autoayuda están destinadas al empoderamiento de nuestra humanidad. No funcionan en el crucificado que ya no vive. El evangelio del Reino es al revés, la muerte es necesaria, porque la vida y el poder están después de la tumba, en lo que llamamos el poder de la resurrección, o la nueva vida que ahora vivimos en la persona de Cristo (**Hechos 17:28**).

Hay un dicho muy popular que todo el mundo conoce: *“Lo que no te mata te fortalece”*. En realidad, esta frase originalmente fue dicha por el filósofo Friedrich Nietzsche y rezaba lo siguiente: *“Lo que no te mata te hiere de gravedad y te deja tan apaleado que luego aceptas cualquier maltrato y te dices a ti mismo que eso te fortalece”*. Con el tiempo, la frase fue acortada, y fue perdiendo un poco de su significado original.

Lo cierto es que muchos la conocen, como un impulso de supervivencia ante los procesos de la vida, o lo que estamos comprendiendo como resiliencia humana. Eso está

bien, reitero, que hay una resiliencia en los seres humanos, que en ocasiones es verdaderamente admirable. Lo que debemos comprender es que al vivir en Cristo, la resiliencia no es generada por nuestras capacidades, sino por las de Cristo.

En tal caso, la frase para nosotros debería ser: *“Lo que te mata es lo que te permite vivir en la fortaleza de Cristo...”* Cuando no hay muerte, tampoco hay resiliencia sobrenatural. Podemos sobrevivir con nuestra fuerza personal, pero nos estaríamos perdiendo la posibilidad de vivir en el ilimitado poder de Cristo.

El concepto de morir al yo es la esencia del Nuevo Pacto, porque expresa la verdadera vida de resurrección, en la que tomamos nuestra cruz y seguimos a Cristo. Morir a sí mismos es parte de lo que significa nacer de nuevo. Una nueva vida nos es otorgada en Cristo, pero debemos procurar la muerte de la vieja naturaleza de pecado. No solo nacemos de nuevo cuando somos alcanzados por la gracia, sino que la revelación de la cruz nos enseña que cuando Jesucristo murió en el Calvario, nosotros morimos en Él y cuando resucitó, nosotros también resucitamos en Él para vida nueva (**Romanos 6:4**).

Ahora bien, el suceso del Calvario es la obra consumada de Cristo, pero en los procesos de nuestra vida de fe, la muerte es una experiencia diaria. Es decir, creemos que fuimos juzgados en Jesús y muertos en Su muerte, creemos que estuvimos en la tumba con Él y que salimos de ella para

vida nueva. Todo eso es un hecho en la fe consumada, pero en la experiencia de vida, y hasta que venga lo perfecto, creemos y morimos al yo para vivir en sus virtudes.

Jesús habló a sus discípulos repetidamente acerca de tomar su cruz, que para muchos puede ser un símbolo muy amado, pero en realidad es un instrumento de muerte. Jesús dejó en claro que si alguien determinaba seguirlo, debía negarse a sí mismo, lo que significaba renunciar a su vida, incluso físicamente, si fuera necesario.

Este era un prerrequisito para ser un seguidor de Cristo, quien proclamó que el intentar salvar nuestra vida terrenal resultaría en perder nuestra vida en el reino. Pero aquellos que dieran sus vidas por amor a su nombre, encontrarían la vida eterna (**Mateo 16:24 y 25**). De hecho, Jesús incluso fue más allá al decir que aquellos que no estén dispuestos a sacrificar sus vidas no podrían ser sus discípulos (**Lucas 14:27**).

Pablo explica a los Gálatas el proceso de morir a sí mismo como alguien que ha sido crucificado con Cristo, y ahora Pablo dice ya no vivir en sí mismo, sino que Cristo es quien vive en él (**Gálatas 2:20**). La vida antigua de Pablo, con su inclinación al pecado y a seguir los caminos del mundo, está muerta, y el nuevo Pablo es la morada de Cristo que vive en Él y por Él.

Esto no significa que cuando morimos a nosotros mismos, nos convertimos en personas inactivas o insensibles,

ni significa que entramos a un estado de sueño profundo. Morir a nosotros mismos, más bien, significa que las cosas de la vida antigua deben morir, y muy especialmente los caminos pecaminosos y los estilos de vida de los cuales participamos. ***“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24)***. Donde una vez estuvimos tras los placeres egoístas, ahora con la misma pasión vamos en busca de lo que agrada a Dios.

Sin embargo, hay un error muy común que cometen muchos hijos de Dios, y es considerar que no deben morir aquellas cosas que ven como buenas en ellos mismos. Cuando el Señor le dijo a Saúl que matara todo lo de Amalec, no era, con la excepción de las mejores ovejas y las mejores vacas, sino que tenía que eliminar todo. Amalec es para nosotros una figura de la carne, no se le puede tener misericordia al “Yo” y mucho menos dejar vivo al rey.

Algunos piensan que si tienen envidia, celos, egoísmo o enojos, es necesario que estas cosas mueran; sin embargo, si tienen inteligencia, fortaleza, generosidad o amor, piensan que eso tiene que vivir. La verdad es que todo tiene que pasar por la cruz, para que el Señor quite definitivamente todo lo malo y nos otorgue lo bueno y lo perfecto de Cristo. Su sabiduría, Su fortaleza, Su amor, Su paz, Su gozo, Su paciencia, Su poder, etc.

Morir al yo nunca se describe en las Escrituras como algo opcional en la vida cristiana. Es la realidad del Nuevo Pacto, nadie puede vivir efectivamente en Cristo, a menos

que esté dispuesto a ver a su antigua vida crucificada con Él, y viva en la obediencia y dependencia del Espíritu Santo.

Cuando el Señor permite que pasemos algunos procesos de dolor, no lo hace por placer, sino por nuestra necesidad. Los procesos de adversidad tienen la capacidad de castigar duramente a nuestro “yo”, de manera tal que sin desearlo, y sin percibir cómo se produce, vamos muriendo a nosotros mismos y vamos siendo transformados de gloria en gloria, en la persona de Cristo (**2 Corintios 3:18**).

Cuando fui llamado al ministerio por primera vez, asumí la responsabilidad diciéndole al Señor que siempre trataría de hacer Su voluntad, pero que no quería padecer problemas. Bueno, supongo que hasta los ángeles se deben haber reído de mi supuesto acuerdo, porque desde entonces he tenido que pasar por innumerables procesos de aflicción.

Hoy en día, y después de muchos años, puedo mirar atrás y reconocer que todos esos procesos me fueron matando el ego, y ahora sé muy bien que todavía me faltan muchas cosas a las cuales morir, pero no tengo dudas de que no soy nada de lo que fui. Hoy debo reconocer que esos procesos me permitieron recibir más de Cristo, por eso han valido la pena, y tan solo por eso, los volvería a pasar.

En los primeros años de ministerio, me pasaban cosas y recuerdo que me frustraba o me enojaba, preguntando a Dios: *¿Cómo es posible que me pase esto, si te estoy sirviendo y estoy tratando de hacer todo bien?* Hoy en día,

cuando me sucede algo, simplemente digo: “*Seguramente esto me era necesario, seguramente tengo mucho que aprender de esto...*” No digo que es fácil, ni digo que me gusta, solo estoy reconociendo que se me reveló que el gran problema no es el proceso que tengo que vivir, sino simplemente yo.

Cuando aprendemos de procesos a través de la Biblia, debemos interpretar las diferencias absolutas que hay entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Pacto que vivimos en Cristo. Nosotros admiramos mucho a hombres como José, pero debemos comprender que, a pesar de la tipología que encontramos en él, José no vivió en la persona de Cristo tal como nosotros.

El Espíritu Santo, sin dudas, venía sobre José para fortalecerlo, para revelarle los sueños, para darle sabiduría y para consumar su propósito, pero no habitaba en José, tal como ocurre con nosotros. Si tan solo nos diéramos cuenta de lo glorioso que es el Pacto que vivimos, no necesitaríamos ir a José para recibir lecciones de vida.

Sin embargo, estos hombres son admirables porque, a pesar de sus grandes limitaciones, supieron tener verdadero contacto con el Señor. Por ejemplo, hoy predicamos mucho sobre Job, por causa de todos los procesos que enfrentó, pero realmente no conozco cristiano alguno que haya vivido la mitad de lo que vivió ese hombre.

Hoy veo a muchos hermanos debilitados, ofendidos y heridos por simples cuestiones domésticas, que no pretendo minimizar, pero que nada tienen que ver con los procesos vividos por un hombre como Job. Aun así, lo utilizamos como ejemplo y tratamos de encontrar motivación en él.

Nos ocurre algo parecido cuando usamos la experiencia de Abraham en el monte Moriah para levantar una ofrenda. Es absurdo que los hermanos accedan a dar una mejor ofrenda con el extremo ejemplo de un hombre que entregó a su propio hijo. ¿Qué tiene que ver un insignificante billete con la vida de un hijo?

Lógicamente que nada; sin embargo, algunos hermanos, después de escuchar semejante ejemplo, terminan pensando que su vano billete es la gran cosa. Cuando hacemos esto, solo terminamos banalizando lo que en realidad debería ser mucho más trascendental y conmovedor para nuestras vidas espirituales.

Job era un ganadero muy rico, con siete hijos, tres hijas y numerosos amigos y criados. El acecho de Satanás le causó múltiples desgracias, tales como la enfermedad de sarna, el ataque de caldeos y sabeos a sus criados, la muerte de su ganado, la pérdida de sus bienes, el repudio de su mujer, y lo que es peor, la muerte de todos sus hijos.

El gran tema de Job, es que en el versículo uno del capítulo uno, aparece como un hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Esto no deja de ser un

problema para nuestras interpretaciones, porque ante tanta integridad ¿Quién puede definir los motivos de sus procesos?

La justicia humana, siempre se interpone como un parámetro para medir motivos de aflicción, pero lo que debemos entender, es que el Reino no funciona bajo dichos parámetros. Esto es muy importante para nosotros, porque la resiliencia se produce a través de conclusiones internas forjadas en la razón, y espiritualmente son producto de la revelación, por eso debemos tener mucho cuidado.

Es decir, de manera natural, las personas tratan de sobreponerse al dolor, tratan de salir adelante y alcanzan resiliencia cuando consiguen aferrarse a una idea o un sentimiento lo suficientemente firme. Los hijos de Dios, también hacemos eso, aun de manera inconsciente, pero la resiliencia espiritual se produce por la revelación de Dios y de Su soberanía, no a través de una idea o un sentimiento.

La gran virtud de Job, fue mantenerse fiel a pesar de tanto dolor. Sus amigos estaban seguros de que Job había pecado para merecer un castigo semejante, y discutieron con él sobre esto. Sin embargo, Job mantuvo su inocencia, aunque él confesó que quería morir y le hizo preguntas a Dios.

El Señor se apareció a Job, y en su libro tenemos unos cuatro capítulos en los que Dios le habla de manera extraordinaria. Sus Palabras son muy aleccionadoras para nosotros y Job respondió al discurso de Dios con humildad y

arrepentimiento, diciendo que él había hablado de cosas que en realidad no sabía (**Job 40:3 al 5; 42:1 al 6**).

“El Señor le respondió a Job desde un torbellino.

Le dijo: ¿Quién es éste, que oscurece mi consejo con palabras carentes de sentido? Prepárate a hacerme frente; yo te cuestionaré, y tú me responderás. ¿Dónde estabas cuando puse las bases de la tierra? ¡Dímelo, si de veras sabes tanto!”

Job 38:1 al 4 NVI

Job al fin recibe la respuesta que tanto ha anhelado (**Job 31:35**). Tal vez él, había imaginado la escena comparativamente pacífica de un juicio legal, pero Dios le habló desde un torbellino. El torbellino es un antiguo símbolo de revelación divina (**Salmo 18:7 al 15; Nahúm 1:3; Zacarías 9:14**), y aunque es aterrador, significó para Job que Dios no pensaba seguir ignorando sus reclamos.

Dios en ningún momento despreció la inteligencia de Job, diciéndole que no tenía comprensión de Su plan divino. Tampoco arremetió contra Job con desprecio, sino que lo alentó diciendo que se ciñera los lomos como un hombre y que usara su fortaleza para comprender Su soberanía.

No pretendo analizar los discursos de Dios, que ciertamente son extraordinarios, sino la clave de nuestro interés. Job tuvo que pasar, de la justificación humana a la justicia divina. Le llevó unos cuarenta y dos capítulos y

algunos meses para asumir su condición. Jesús necesitó seis horas en una cruz.

Lo que quiero decir, es que Jesús nos enseñó un camino hacia la victoria. Cuanto más pretendemos defendernos de la adversidad, más nos hundimos en ella, cuanta mayor capacidad tengamos de rendirnos, más resiliencia espiritual alcanzaremos.

Les doy un ejemplo: Yo nací en la ciudad de Necochea, al sur de la provincia de Buenos Aires, en la costa del océano Atlántico. Necochea es una ciudad turística, porque tiene playas que son verdaderamente hermosas. Me crié en ese lugar, por lo tanto, en muchas ocasiones presencié el rescate de personas que, azotadas por el mar, estaban en riesgo de ahogarse.

Un guardavida, amigo de mi padre, me contó que al momento de rescatar personas, les hablaban tratando de clamarlos antes de acercarse a ellos. Me contó que la desesperación de las personas por ser salvadas generaba estados de nervios y ataques de pánico, que eran muy peligrosos. Si estas desesperadas personas los agarraban en ese estado, podían hundirlos y ahogarlos junto con ellos.

Este guardavidas me dijo que, si las personas no se calmaban con sus palabras, solían pegarles para luego sacarlos desmayados. Es decir, el gran riesgo de esos bañistas eran ellos mismos. La desesperación por vivir los podía terminar matando, incluso a quienes quisieran ayudarlos.

También me contaba que las corrientes marinas solían arrastrar a las personas hacia mar adentro, pero si ellos se dejaban llevar, la misma corriente los volvía a sacar a la orilla. El problema era que las personas inexpertas, al ver que la corriente los llevaba hacia las profundidades, comenzaban a nadar con desesperación contra la corriente. Al final, se agotaban, se acalabraban, y muchos de ellos se terminaban ahogando.

La enseñanza para nosotros es simple: cuanto más nademos contra la corriente, cuanto más nos desesperemos para ir contra los procesos, más nos hundiremos en el dolor. Terminaremos sin fuerzas y completamente agotados, sin resiliencia alguna para sobreponernos. Sin embargo, si nos rendimos en los brazos salvadores del Señor, si confiamos en Él, aunque la corriente producida por el dolor pretenda llevarnos hacia las profundidades, la misma unción del Espíritu nos llevará nuevamente a la tierra firme.

Si entramos en pánico, si nos desesperamos, terminaremos atacando al Soberano, pero si nos rendimos, confiando en Su fortaleza y Su poder, entonces seremos sacados de la aflicción. Jesús no abrió su boca, no se quejó, no resistió contra el madero, simplemente se rindió en los brazos del Padre. Es por eso que los romanos no necesitaron quebrar sus piernas para matarlo, porque al acercarse a Él, se dieron cuenta de que ya estaba muerto.

La capacidad que tengamos de rendirnos en las manos del Señor será la capacidad que tengamos de obtener

resiliencia espiritual. Nadar contra los problemas es agotador y muy peligroso. Lo mejor que nos puede pasar es rendirnos, es permitir que, en los procesos, muera todo lo que debe morir en nosotros. ¡Entonces viviremos!

“Bendijo el Señor, el postrer estado de Job, más que el primero”.

Job 42:12

La Palabra dice que Job fue más bendecido que al principio de todo su proceso. Sin embargo, no creo que eso haya significado que su estado llegó a ser mejor. Nadie queda mejor, después de perder a diez hijos. No importa cuántos hijos más pueda tener, hay cosas que ya no pueden volver para estar mejor. Puede ser un estado diferente, pero no necesariamente mejor.

Naturalmente hablando, los procesos de dolor no siempre nos dejan mejor que antes, pero espiritualmente, sin dudas terminamos siendo muy diferentes. Hay una plenitud y ciertas cosas que, en la vida natural, ya no volverán; sin embargo, lo eterno, lo que no se ve, ha sido transformado y seguramente terminamos siendo más como Jesús, y eso es todo lo que importa.

Aunque esto parezca un juego de palabras, diría que si logramos procesar un proceso y logramos captar la soberanía de Dios en todo lo vivido, nuestras vidas obtendrán una resiliencia sin euforia, una resiliencia espiritual, sabia y reflexiva, capaz de sostenernos de manera diferente.

Tal vez ya no tengamos la plenitud natural de la vida, tal vez no podamos decir que lo mejor está por venir, pero una cosa es segura: espiritualmente notaremos que somos diferentes. Tal vez no entendamos cómo se produjo, pero seguramente llegaremos a notar que somos diferentes, que la resiliencia espiritual no ha sido producida por nosotros, sino por la gracia divina de vivir en Cristo, y cuando eso ocurra, solo agradeceremos los procesos.

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

2 Corintios 4:16 al 18



Capítulo tres

DEPENDENCIA Y RESILIENCIA

“El Señor siempre está dispuesto a ayudar a los que sufren y salva a los que han perdido toda esperanza. Si alguien es justo, no importa cuántos males sufra, el Señor lo rescatará. Él lo protegerá por completo para que nada malo le suceda”.
Salmo 34:18 al 20 PDT

La resiliencia espiritual implica reconocer la soberanía de Dios en todo tiempo, y aspirar a cumplir nuestra misión en la vida, contribuyendo en la expansión del Reino de una forma efectiva, aunque esto sea en medio de contratiempos y a veces con verdaderos sufrimientos. Es necesario el trabajo del Espíritu Santo en nuestro corazón, es necesaria la rendición del “yo” en cada momento, adaptándonos para fructificar, aún fuera de nuestra zona de confort.

Siempre que los procesos de aflicción ejerzan una presión sobre nuestra vida, habrá también, de manera

proporcional, una impartición del Espíritu Santo. Si los hijos de Dios no vivimos hostilidades, tampoco tendremos conocimiento de lo que implica la unción. Solamente los que han experimentado estar bajo aflicción saben lo que es la dependencia divina.

En el mundo, estar en debilidad en cualquier aspecto de la vida es algo malo, pero en el Reino, la debilidad es sinónimo de fortaleza sobrenatural. Cuando nos manejamos con nuestras fuerzas, el Señor nos espera, pero cuando nos rendimos, Él encuentra Su campo de acción (**2 Corintios 12:9**).

Esta es la realidad del Nuevo Pacto, porque se opera desde la lógica de la resurrección. Sin embargo, vemos el mismo principio en muchas operaciones del Antiguo Testamento. Cada vez que alguien dudó de sí mismo, pero creyó y dependió absolutamente de Dios, obtuvo grandes resultados. Diría que Dios no comparte Su gloria con nadie, por lo tanto, si alguien dice que puede, Dios simplemente lo observa, pero si dice que no es apto en sí mismo, entonces Dios se glorifica participando.

Si alguien desea saber cuán grande es el poder de Dios, necesita comprender que sus capacidades deben ser tratadas por el quebranto. Tenemos la tendencia de hacer muchas cosas en el Nombre del Señor, pero al final, solo obramos dentro del parámetro de nuestras posibilidades. Es por eso que no vemos tantas manifestaciones divinas, porque Dios no

actúa como un apoyo logístico de nuestro poder, sino como la fuente absoluta de toda manifestación.

David es uno de los personajes más extraordinarios de la Biblia. Su vida estuvo llena de desafíos, de procesos y de grandes victorias. Fue un hombre que supo estar bajo el más aplastante dolor, y también supo alcanzar la cima del poder en su nación. Fue un verdadero adorador, porque pudo reconocer a Dios en todos sus caminos, y supo pedir dirección en cada paso. Es cierto que se equivocó más de una vez, pero luego supo corregir su rumbo con humildad, supo perder y supo ganar, supo reír, y también llorar en muchas ocasiones.

Cuando apenas era un pequeño pastor de ovejas, comprendió que no era capaz de realizar su tarea con sus propias fuerzas, por eso se vio a sí mismo bajo el cuidado del buen pastor (**Salmo 23**). Su trabajo no era tan trascendental, pero David no creyó poder realizarlo efectivamente sin la cobertura y la operación divina. Tal vez por eso se autodefinió como una oveja más, necesitada de un buen pastor.

Cuando Goliat desafió al ejército de Israel, David, siendo un atrevido jovencito, le dijo a Saúl: ***“No se preocupe Su Majestad. Yo mataré a ese filisteo”*** (1 Samuel 17:32). Obviamente, cuando Saúl lo vio, consideró que era demasiado joven y pequeño para enfrentar a un guerrero tan fuerte y experimentado como Goliat. Sin embargo, David le dijo: ***“Yo soy pastor de las ovejas de mi padre. Pero si un***

león o un oso vienen a llevarse alguna oveja, yo los persigo, los hiero y les quito la oveja, y si el león o el oso se me echan encima, yo los golpeo y los mato. Y eso mismo voy a hacer con este filisteo, pues ha desafiado a los ejércitos del Dios vivo. Si Dios me ha librado de las garras de leones y de osos, también me libraré de este filisteo” (1 Samuel 17:35 al 37 PDT).

Tratemos de imaginar por un momento a ese joven pastor, peleando en el campo con leones y osos, con tal de defender a sus débiles ovejas. Sin duda, esas experiencias han sido tremendas y, sin embargo, nadie las pudo observar. No hubo testigos en el monte; sin embargo, Dios se ha encargado de que trasciendan. Imagino que hoy sería una gran pérdida no filmar con el móvil esas tremendas luchas, pero en esa época, nadie pudo registrarlas.

Tal vez podamos pensar, que el poder de Dios se manifiesta solo para glorificarse públicamente, pero aquí vemos que en el campo, en el medio de la nada, Dios actúa sobrenaturalmente para hacer algo que este joven pastorcito no podía hacer. Amados, no hay mayor expresión de adoración que la dependencia divina. No hay mayor fe, que la que podemos expresar desde nuestra incapacidad absoluta.

Después de meditar en esto, no puedo más que afirmar, que la adoración verdadera, siempre genera resiliencia. Cuando me refiero a la adoración, no estoy pensando solo en canciones, me estoy refiriendo a elevar los ojos a los montes, de donde viene nuestro socorro (**Salmo 121:1 y 2**).

Sobrepasar los límites de la presión genera dependencia divina. La resiliencia espiritual, generada por la adoración, es la prolongación de lo que ya no tenemos en nosotros mismos. Cuando Job rompió ese límite, dijo: ***“Me alzaste sobre el viento, me hiciste cabalgar en él, y disolviste mi sustancia” (Job 30:22)***. Cuando no queda nada a qué aferrarse, cuando no quedan fuerzas ni poder personal, solo queda Dios, y eso es lo que necesitamos descubrir.

Cuando Moisés tocó fondo ante la presión del éxodo, le dijo al Señor: ***“No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte” (Números 11:14)***. Entonces el Señor multiplicó su unción por setenta, y lo impulsó sobrenaturalmente para avanzar. Dios sabía lo que estaba sintiendo Moisés, pero evidentemente, si no lo veía rendirse, no pensaba otorgarle ese empoderamiento.

“Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ninguna”.

Isaías 40:29

Aquí vemos este principio de resiliencia divina. Cuando alguien no tiene ninguna fuerza, diría que tiene cero fuerzas. Si multiplicamos cero por cualquier otro número, siempre nos dará cero. A menos que el multiplicador sea el Señor. En tal caso, Él producirá todo lo que desea multiplicando la nada misma. En otras palabras, para Dios, cero por cero, es todo lo que a Él se le da la gana.

“Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres. Y se fue David de allí a Mizpa de Moab, y dijo al rey de Moab: Yo te ruego que mi padre y mi madre estén con vosotros, hasta que sepa lo que Dios hará de mí.”

1 Samuel 22:1 al 3

Sin dudas, a partir de esta situación, encontramos a David en el momento más oscuro de su vida, y en su peregrinar por el camino al reinado. Es el momento en que se encuentra solo en una cueva, escapando de la opresión del rey Saúl. Ese tiempo fue muy trascendental para su formación y para afianzar una comunión mucho más profunda con el Señor.

En esa época David escribió algunos salmos en los cuales expresó, a corazón abierto, los momentos de mayores dificultades en su vida. Por lo tanto, también fueron los momentos en los que, a través de la adoración, produjo la resiliencia necesaria para avanzar al trono.

Por alguna razón, Saúl llegó a creer que David era una amenaza para su gobierno y comenzó a perseguirlo con la idea de matarlo. Imaginemos lo que pudo significar para David, el ser perseguido por el rey, a quien él apreciaba,

quien además era su suegro, y quien debería valorarlo por todo lo que estaba haciendo en favor de la nación.

De pronto, se encontró huyendo, con la gran desventaja de ser perseguido por todo un ejército. Cualquiera se sentiría desamparado y con muchos sentimientos encontrados; tal vez por eso David escribió: ***“Escucha mi clamor, porque estoy muy afligido. Líbrame de los que me persiguen, porque son más fuertes que yo”*** (Salmo 142:6).

También se expresó en el **Salmo 57** diciendo: ***“Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí; porque en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos”***. Sin dudas, la presión vivida por David generó un verdadero clamor de adoración, que yo considero como el detonante de su resiliencia espiritual.

“Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres”.

1 Samuel 22:1 y 2

No sé hasta qué punto, la suma de personas endeudadas, afligidas y amargadas de espíritu, pudieron sumar algún consuelo en ese momento de su vida. Lo que sí puedo asegurar, es que la resiliencia de David, fue tan

extraordinaria, que no solo pudo salir adelante, sino que también pudo convertir a todos esos individuos en un ejército de valientes, con los cuales hizo verdaderas proezas militares.

La resiliencia espiritual puede sanar las heridas del corazón, pero no lleva la intención de quitar las cicatrices, porque esas cicatrices son las jinetas de autoridad que muchos respetarán. Sin presión no hay poder y sin poder no hay respeto capaz de transformar vidas. Lo que debemos comprender es que las situaciones generan una unción que no puede imitarse, porque solo puede producirse a través de las presiones de la vida.

Jesús, nuestro gran maestro, quién caminó en el poder de la unción, haciendo todo tipo de milagros, tuvo que transitar un momento de agónica ansiedad en el olivar de Getsemaní. En ese lugar de presión, comenzó a asimilar el dolor que enfrentaría, en la tortura y en la crucifixión.

Ese monte bien lo indica por su nombre, Getsemaní significa “la prensa del aceite”, donde las olivas son trituradas para soltar el aceite. Y no es casualidad poética que Jesús nos desnude allí su alma triturada por la agonía de lo que estaba por enfrentar. Incluso la presión angustiante que vivió fue tan fuerte, que por el estrés emocional llegó a sudar gotas de sangre (**Lucas 22:44**).

Los entendidos aseguran que la tercera parte de la pulpa de la aceituna puede convertirse en aceite, por eso desde la antigüedad se ha extraído su riqueza a través de la

presión ejercida por los molinos. Se puede decir que Jesús se sometió a la prensa de Getsemaní, y en su agonía destiló puro amor, atreviéndose a decir que sí a la voluntad del Padre, y se dispuso a ir a la cruz para redimirnos, para darnos vida eterna, y para cambiar nuestro destino.

La gran pregunta sería: ¿qué sale de nosotros cuando somos sometidos a la presión del sufrimiento? ¿Acaso reconocemos nuestros pequeños Getsemaní? La presión es la oportunidad para ver qué tenemos dentro, y solamente el Espíritu Santo puede ayudarnos a soportar las pruebas, para sacar lo peor y lo mejor de nosotros. Logrado esto, obtenemos resiliencia espiritual, que no es otra cosa que la unción manifiesta.

Debemos aprender de Jesús, cómo llevar nuestro sufrimiento a la presencia del Padre, y orar hasta encontrar la paz del Reino. Él fue a Getsemaní a oscuras y salió con luz, porque clamó con intensidad, fue en agonía, pero salió en victoria porque fundamentó su confianza en la soberanía del Padre. Se sometió en amor, reconoció Su debilidad, afirmó Su dependencia para la misión encomendada, y entonces obtuvo verdadera resiliencia espiritual.

Nosotros debemos aprender a reconocer nuestros ámbitos de presión. Seguramente no llegaremos a las dimensiones de un Getsemaní como el que atravesó Jesús, ya que tal cosa sería una vana pretensión, pero sin dudas viviremos nuestras presiones de vida. Debemos pedir al Padre, revelación de nuestras carencias, debemos inclinarnos

a Él en dependencia absoluta, porque la dependencia, es una hermosa expresión de adoración, y la adoración verdadera, es el ámbito de la resiliencia espiritual.

¿Por qué considero fundamental la dependencia espiritual? Bueno, porque creo que el tormento de Jesús en el Getsemaní, tuvo una salida basada en dos puntos fundamentales, la certeza de la voluntad del Padre y Su entrega incondicional. Jesús sabía que el ejército romano estaba en camino, y eso debe haber sido algo tremendo de asumir. Sin embargo, Jesús no estaba pensando en entregarse a Roma, sino a la soberanía del Padre, y eso es algo muy diferente.

Cuando Dios establece Su voluntad, ejerciendo Su soberanía, siempre lo hace de la forma correcta, con la mejor de las intenciones y sabiendo el resultado final. Él mismo es la garantía del éxito absoluto. Si alguien es parte de un diseño divino, no puede perder, porque todos sus diseños están pensados para Su glorificación y eso es sinónimo de éxito.

Ni Jesús en su momento, ni nosotros, hoy en día, debemos desear otra cosa, que la gloria para el Padre. Cuando vivimos y trabajamos para la gloria del Padre, bajo la operación del Espíritu Santo y en la Persona de Cristo, no podemos otra cosa que terminar en victoria. Esa revelación automáticamente produce resiliencia espiritual.

Cuando David pecó realizando un censo en Israel, comprendió que se le venía un proceso de gran dolor.

Entonces el Señor le dijo, escoge por tres meses ser derrotado delante de tus enemigos con la espada de tus adversarios, o por tres días la espada de Jehová (**1 Crónicas 21:12**). David sabía que tal proceso sería tremendo; sin embargo, rápidamente eligió caer en el juicio de Dios, antes que caer en la espada de sus enemigos.

Ciertamente, el juicio que le sobrevino fue muy duro, pero fue de parte de Dios. David comprendió que era mejor que Dios estuviera al mando de lo que ocurriera, porque al final, Él es un Juez justo y siempre hará lo correcto. Jesús también comprendió que la cruz era el diseño del Padre para juzgar a los hombres. Es cierto que los romanos vinieron a buscarlo, pero el juicio fue del Padre.

Nosotros debemos comprender que en la vida, siempre tendremos que afrontar situaciones dolorosas, y muchas de esas situaciones pueden parecernos de carne y sangre; sin embargo, cuando vivimos en Cristo y procuramos la voluntad del Padre, Él siempre estará detrás de todo lo que nos ocurre. Debemos tener certeza de que si algo sucede en nuestras vidas, es simplemente porque Dios lo permite en Su soberanía, porque por Él y para Él vivimos. Esa debe ser nuestra revelación, porque de esa manera, no sentiremos que somos víctimas de las circunstancias, sino más bien vencedores de las mismas.

Cuando vivimos en las manos del Padre, los procesos solo generan poder. La dependencia de Sus diseños y la

confianza en Su soberanía nos otorgan paz, y esa paz es resiliencia espiritual manifiesta.

Sin dudas David fue un gran personaje. Su vida estuvo cargada de procesos y grandes desafíos. Las enseñanzas que nos dejó son muchas, pero sí hay algo que debemos aprender de él: es que siempre dependió de Dios y que toda su adoración estuvo basada en el reconocimiento de Su soberanía, por eso fue que escribió:

***“Me tienes rodeado por completo; ¡estoy bajo tu control!
¡Yo no alcanzo a comprender tu admirable conocimiento!
¡Queda fuera de mi alcance!”***

Salmos 139:5 TLA



Capítulo cuatro

LA RESILIENCIA ESPIRITUAL Y LA FE

“Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros”.

Hebreos 11:36 al 40

Como vimos en el primer capítulo, las personas no regeneradas tienen ciertas capacidades naturales como la fe, pero esa fe no es la que compone el fruto del Espíritu, del cual habla Pablo en **Gálatas 5:22**. Esa fe es emocional y alimática, capaz de llevar a la gente a la práctica religiosa, a creer en ídolos, o a catalogar ciertas circunstancias. Esto de manera natural produce resiliencia, porque la gente se

fortalece aferrándose a lo que creen, pero así como esa fe no es espiritual, la resiliencia que consiguen tampoco lo es.

La fe verdadera, la que otorga la vida del Espíritu, es la que se produce por causa de la luz. Por Cristo, el Espíritu Santo nos otorga la vida, y esa vida es la que produce la luz (**Juan 1:4**). Por su parte, esa luz es la que nos permite la revelación de la verdad, y la verdad es la que produce la fe espiritual (**Romanos 10:17**). Esa fe es el medio legal para la obtención de todo lo que la gracia nos otorga en Cristo.

Cuando el autor de la carta a los hebreos menciona a los diferentes personajes de fe, hace especial énfasis en los problemas que enfrentaron. Esto es muy trascendente para nosotros hoy, porque generalmente se menciona la fe, para la conquista o la obtención de cosas, pero en realidad la fe primeramente es la que nos permite superar situaciones de adversidad aferrados a lo que esperamos, aunque todavía no veamos resultados. Es decir, la fe no es fe a partir de lo que logramos, sino a partir de lo que creemos respecto de los dichos divinos.

En Su Palabra, el Señor presenta los diseños que Él ha determinado que se lleven a cabo. Él demanda nuestra confianza en esos diseños y una entrega absoluta para consumirlos. La fe es el fundamento de la resiliencia espiritual, porque por medio de la fe, unimos nuestro entendimiento y nuestra voluntad a todo aquello que Dios nos ha revelado.

Si no comprendemos las dimensiones de la gracia, nunca podremos cultivar verdadera resiliencia espiritual. Santiago dijo que debíamos resistir al diablo para que huya de nosotros, pero en el mismo versículo también nos dice que nos sometamos a Dios (**Santiago 4:7**). Esto es clave, porque si solo nos enfocamos en el diablo, como muchos hacen hoy en día, vamos a perder de vista la soberanía de Dios. El diablo no puede hacer más que lo que Dios le permita. Nosotros no somos víctimas del diablo, nosotros vivimos en Cristo, y si caminamos en Su propósito, solo nos sobrevendrá todo aquello que, por más doloroso que pueda ser, nos ayudará para bien.

No es contrario a nuestra dignidad, sino la exaltación de la misma, el presentar por la fe una sumisión plena de nuestra inteligencia y voluntad a Dios. La fe en Dios y en Su Palabra, siempre será puesta a prueba por la experiencia de los procesos de dolor y el sufrimiento. Cuando esos procesos no nos dejan pensar, o nos generan sentimientos encontrados, lo mejor que nos puede pasar es que la gracia nos comunique la verdad.

Es ahí donde nos sentimos débiles y vulnerables, pero es donde el Señor encuentra Su mayor gloria. Es en estos momentos de desolación y de sufrimiento que debemos sostenernos por el poder de la fe, que es el fundamento de la verdadera resiliencia espiritual. La quietud de la fe no es pasividad, ni resignación, es poder de Dios para salir adelante.

La pasión de Cristo fue el resultado de la soberanía del Padre, fue su obra maestra, pues en ella demostró el extremo de su amor a los hombres, dando a Su único Hijo para la salvación de la humanidad; y el extremo del amor del Hijo, hecho obediente a la voluntad del Padre y entregado hasta el extremo por amor a los hombres.

Está demostrado que Dios puede utilizar los diseños más incomprensibles a la razón humana, con tal de consumir Su propósito. Además, Él siempre se encargará de dejar en claro que todo lo que ocurre es resultado de Su voluntad. No estamos a la deriva como un pequeño bote azotado por las olas de la vida, estamos y vivimos en la Persona de Cristo. Debemos tener en claro que todo está bajo Su control, aun aquellas cosas que no logramos comprender; de eso se trata la fe.

Solo la fe puede sostenernos en el camino misterioso de la Soberanía divina. La fe a la que me refiero no es la que rema contra la corriente, sino la que más bien se gloria de nuestras debilidades, con el fin de atraer sobre nosotros el poder de Cristo. Es la fe la que puede doblegar nuestros deseos y ambiciones a los deseos y ambiciones de Dios.

Fuimos creados para amar a Dios y para encontrar en Él nuestra plenitud y nuestro propósito. La fe, en la verdad, crea las bases para una resiliencia capaz de hacernos rendir ante la Soberanía del Padre. La fe nos ayuda a desprendernos de todo aquello que nos aleja de cumplir la voluntad de Dios, y nos dirige a deleitarnos en Su persona.

La fe es la primera disposición de nuestro espíritu y el cimiento de la resiliencia espiritual. La fe nos permite ver las cosas desde un enfoque de Reino, y produce en nosotros una rendición voluntaria a la soberanía divina.

Nada de lo que nos sucede está fuera del plan de Dios, y esa debe ser nuestra confianza. Debemos confiar en la infinita sabiduría de Dios. Por numerosas y difíciles que sean las pruebas, hagamos siempre lo que la soberanía de Dios determine, entreguémonos confiados al plan que Él ha trazado para nosotros, pues lo único que haría fracasar los designios por los cuales Dios determina procesarnos, sería nuestra falta de fe y nuestra falta de sumisión.

“El Señor se dirigió a mí y me dijo: Antes de darte la vida, ya te había yo escogido; antes que nacieras, ya te había apartado y te había destinado a ser profeta de las naciones. Yo contesté: ¡Ay, Señor! ¡Yo soy muy joven y no sé hablar! Pero el Señor me dijo: No digas que eres muy joven. Tú irás a donde yo te mande y dirás lo que yo te ordene. No tengas miedo de nadie, pues yo estaré contigo para protegerte”.

Jeremías 1:4 al 8 DHH

El Señor le entrega esta Palabra a Jeremías, un año después de que el rey Josías comenzara su extraordinaria reforma. El nacimiento de Josías había sido profetizado con nombre y todo, unos trescientos años antes, cuando Jeroboam había generado idolatría por toda la nación (**1 Reyes 13:2**).

Josías tenía ocho años cuando ascendió al trono, y reinó en Jerusalén treinta y un años. Fue un excelente rey que hizo lo que agradaba al Señor, pues en todo siguió el buen ejemplo de su antepasado David. Trató de no desviarse de la voluntad de Dios en el más mínimo detalle. En el año dieciocho de su reinado, en una restauración que se estaba haciendo en el templo, encontraron los libros de la Ley y, a partir de entonces, Josías comenzó a realizar una reforma extraordinaria en toda la nación.

Por todo lo que se estaba viviendo en ese tiempo, supongo que Jeremías habría tenido una muy buena expectativa para el futuro de la nación y de su ministerio. Sin embargo, esta alegre perspectiva, con el tiempo, se nubló, y el profeta quedó trabajando en la más densa oscuridad. La temprana muerte del buen Josías, y la debacle de la nación, trajo el dolor y la aflicción a su vida, y por supuesto a la de todos los ciudadanos.

Es algo lógico esperar grandes resultados de nuestros esfuerzos ministeriales, porque todo llamado divino es acompañado por la fe, pero con el tiempo, es imposible que no terminen brotando algunas dificultades lógicas, vinculadas a la tarea de comunicar la Palabra de Dios. Todos tenemos la idea de que si Dios envía, los resultados deben ser contundentes; sin embargo, no es así. Cambiar el corazón y la voluntad de las personas es una tarea que nos excede.

Nosotros somos simples interlocutores y si trabajamos correctamente, los resultados no deberían afectarnos. Sin

embargo, es imposible que no nos involucremos emocionalmente con la tarea, por eso Jeremías no solo sufrió por la hostilidad de los gobernantes, sino también por el estupor de un pueblo que permaneció indiferente ante su mensaje.

Cuando Dios nos llama, nos embarga de una pasión lógica para cumplir la misión, y esa misma pasión es la que nos desgarrar el alma. Sin embargo, carecer de ella, solo es evidencia de la ausencia de un llamado genuino, por lo tanto, el dolor del ministerio es inevitable. Si observamos a través de las Escrituras, encontraremos que todos los siervos de Dios, aunque tal vez comenzaron con éxito, terminaron decepcionados, y esto, no porque fallaran los diseños divinos, sino porque el tiempo de la cosecha producida por nuestras siembras, nos pueden sobrepasar ampliamente. Lo fugaz de la vida no da lugar a contemplar el fruto. Sin embargo, en la eternidad, todos disfrutaremos de las más ricas recompensas.

Abraham murió sin ver la magnitud de su descendencia, ni el poder vivir cómodamente en la tierra de su promesa (**Génesis 13:15 y 16**). Moisés comenzó guiando triunfalmente a los israelitas fuera de Egipto, pero terminó a la edad de ciento veinte años, muriendo en una montaña, observando la tierra desde lejos (**Deuteronomio 34:5**).

Josué salió de Egipto siendo joven y vigoroso, pero terminó sus días diciendo que ya era viejo y todavía quedaba mucha tierra por conquistar (**Josué 13:1**). Samuel fue un sacerdote y profeta extraordinario y condujo a la nación con

toda integridad; sin embargo, terminó sufriendo el pedido de un rey como las demás naciones (**1 Samuel 8:20**).

Elías, después de sus éxitos en el monte Carmelo, terminó huyendo de Jezabel, pidiendo morir en el desierto (**1 Reyes 19:4**). Isaías, después del reinado de Ezequías y de la milagrosa destrucción del ejército de Senaquerib, cayó bajo los tiempos malos de su hijo Manasés.

Lo mismo podría decir de Ezequiel, que murió en Babilonia como mártir, por reprochar al pueblo su idolatría. De Oseas, que terminó su vida en el exilio. De Amós, que murió varios días después de haber sido golpeado por hablar en nombre de Dios. De Sofonías, cuya vida culminó a mano de los babilonios. De Zacarías, a quien mataron entre el templo y el altar, y de cuanto siervo de Dios, que tratando de ser efectivo, terminó sus días sin ver contundentes resultados.

Ahora bien, las pruebas de Jeremías fueron muy grandes, aun en tiempos del reinado de Josías, pero cuando ese piadoso accionar del rey desapareció con su muerte prematura, Jeremías fue expuesto a la persecución por todos los hombres que en su tiempo ostentaban poder.

Incluso en un tiempo determinado, vemos que fue el mismo pueblo el que conspiró contra él (**Jeremías 18:18**), y en otro momento, vemos que los hombres de Anatot buscaban su vida (**Jeremías 11:21**), por haber profetizado en el nombre del Señor, algo que para ellos no era agradable.

En otra oportunidad fue prendido por los sacerdotes y profetas para darle muerte, de la que se salvó por los príncipes y ancianos que aún eran fieles a la memoria de Josías (**Jeremías 26:16**). Después fue Pasur, el inspector jefe del templo, quien lo hizo azotar y lo metió en el cepo (**Jeremías 20:2**). Otra vez, el rey Sedequías lo puso en prisión tan solo por profetizar la verdad al pueblo (**Jeremías 32:3**).

Más tarde, cuando el ejército de los caldeos asedió Jerusalén, los judíos le acusaron de someterse al enemigo (**Jeremías 37:14**), le golpearon, le encarcelaron, y luego le arrojaron a una cisterna, donde se hundió en el fango, y casi muere de hambre (**Jeremías 38:6 al 9**). Cuando Jerusalén fue tomada por el enemigo, Jeremías fue llevado a la fuerza a Egipto por hombres que al principio pretendían reverenciarlo y consultarlo, pero después se volvieron contra él (**Jeremías 53:54**). Se cree que en esos días tuvo un violento y doloroso final.

Durante su vida, Jeremías vivió muchas aflicciones, padeció grandes temores, y a través de sus palabras podemos observar su abatimiento, ya que por momentos él hablaba como asombrado ante el fracaso de comunicar y comunicar un mensaje no asimilado por el pueblo. Por eso fue que escribió: *“Señor, lo que tú buscas es gente sincera. Los castigaste, pero no les dolió; los arruinaste, pero no quisieron aprender. Tercos, más duros que la piedra, no quisieron volver al buen camino”* (**Jeremías 5:3 DHH**).

En otro momento expresó su perplejidad ante el supuesto éxito de los malvados, considerando también los padecimientos de su integridad. ***“Señor, si trato de discutir contigo, tú siempre llevas la razón. Sin embargo, quisiera preguntarte el porqué de algunas cosas. ¿Por qué les va bien a los malvados? ¿Por qué viven tranquilos los traidores? Tú los plantas, y ellos echan raíces, crecen y dan fruto. De labios afuera te tienen cerca, pero en su interior están lejos de ti. Tú, en cambio, Señor, me conoces; tú me ves y sabes cuáles son mis sentimientos hacia ti”*** (Jeremías 12:1 al 3 DHH).

En muchas ocasiones también expresó su angustia, al padecer el rechazo a pesar de sus buenas intenciones. Sin duda le fue muy duro hablar en nombre del Señor para librar al pueblo y a cambio recibir continuos desprecios. ***“¡Ay de mí, madre mía, porque me diste a luz varón discutido y debatido por todo el país! Ni le debo, ni me deben, ¡pero todos me maldicen! ¿Por qué ha resultado mi penar perpetuo, y mi herida irremediable, rebelde a la medicina? ¡Ay! ¿Serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?”*** (Jeremías 15:10 al 18).

El profeta sintió el deber de la obediencia a Dios, pero lo perturbaba el costo del desprecio y la falta de resultados. Cuando Pasur lo puso en el cepo, estaba aún más agitado y dijo: ***“Señor, tú me engañaste, y yo me dejé engañar; eras más fuerte, y me venciste. A todas horas soy motivo de risa; todos se burlan de mí. Siempre que hablo es para anunciar violencia y destrucción; continuamente me insultan y me***

hacen burla porque anuncio tu palabra. Sí, digo: No pensaré más en el Señor; no volveré a hablar en su nombre, entonces tu palabra en mi interior se convierte en un fuego que devora, que me penetra hasta los huesos. Trato de contenerla, pero no puedo...” (Jeremías 20:7 al 9 DHH).

Estas palabras son extraordinarias y muy reveladoras. Jeremías fue llamado de niño (**Jeremías 1:6 y 7**), y entendió quién era Dios y las dimensiones de Su Palabra. Eso fue absolutamente suficiente como para enfrentar todos los procesos que enfrentó. La gran pregunta sería: ¿Por qué, a pesar de sus quejas, nunca perdió la fe? Simple, porque la fe no está ligada al bienestar, ni a los buenos resultados, sino a la Palabra de Dios.

Muchos cristianos no producen resiliencia espiritual, porque el fundamento de la misma es la fe, y cuando se ven en problemas que no pueden resolver, se frustran, se enojan, dudan y cuestionan a Dios. Ciertamente, esto es resultado de las malas enseñanzas, porque se ha enseñado fe, como el medio por el cual se puede acceder a las soluciones, en lugar de enseñar que la fe es lo que nos permite avanzar en la vida, con soluciones o sin soluciones inmediatas.

Quienes enseñan la fe de esa manera dicen: Si tan solo creen, saldrán del problema, tendrán respuestas, vencerán las situaciones, cambiarán las condiciones, aplastarán al enemigo, recibirán recompensas y bendiciones, etc. En realidad, todo esto tiene un dejo de verdad, pero hay que ver el contexto. Hay situaciones que son necesarias y no

obtendremos respuestas de cambio, porque son parte de la voluntad y la soberanía de Dios.

No siempre vamos a vencer situaciones por acabar con ellas; la verdad es que, aunque no terminen cuando lo deseamos, debemos comprender que Dios se glorifica cuando no claudicamos a la fe. Hay condiciones que no van a cambiar, puede que se pongan peor, pero lo cierto es que nada nos puede separar de su amor, ni aun la muerte, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni ninguna cosa creada nos puede separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (**Romanos 8:38 y 39**).

La fe no siempre evita los problemas o resuelve los procesos. Hay muchos hermanos que murieron quemados o encarcelados por creer en el evangelio del Reino, pero no hay dudas de que el martirio es una de las manifestaciones más grandes de la fe verdadera. Debemos cambiar los paradigmas, porque no somos vencedores por no sufrir. Al contrario, ante todo proceso o dolor, podemos decir que más allá de todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (**Romanos 8:37**).

Si no cambiamos algunos paradigmas respecto de la fe, no podremos acceder a la resiliencia espiritual que Dios pretende otorgarnos. ¿En verdad queremos grandes conquistas de fe? Entonces debemos buscarlas donde realmente deben ser encontradas, entendiendo a Dios a través de Su sabiduría, y no tratando de ser entendidos por Él.

Debemos pensar que Jesucristo vino a este mundo, para darnos una vida nueva, y esa vida nueva no es una vida mejorada, ni libre de inconvenientes, la vida nueva es Él. Y en Su vida, encontraremos todas las virtudes y toda la sabiduría y toda la fortaleza para las grandes conquistas de fe, según Dios las ha diseñado.

Por la fe en Él, debemos estar deseosos de renunciar a la esperanza presente por el gozo futuro, y a todo lo que puede brindar este mundo por el Reino eterno. Si queremos obtener la verdadera felicidad, debemos dejar de buscarla como un fin, porque seremos engañados con ese gran espejismo que utiliza Satanás con esta sociedad actual.

Lamento sonar como alguien negativo, pero en esta vida, debemos avanzar a través del dolor, practicar la abnegación, refrenar nuestros deseos y purificar nuestros corazones, antes de ser capaces de cualquier paz sólida y felicidad duradera. Intentar obtener lo que ofrece este mundo es simplemente arena. Nada es duradero en él, como para edificar con esperanza.

Debemos aprender a pensar con la mente de Cristo, debemos conocer nuestro verdadero “yo”, a través de Su luz verdadera, debemos cultivar sentimientos convenientes a nuestros intereses eternos, porque de lo contrario, diremos que Dios es nuestra fortaleza, pero luciremos como débiles y desamparados.

Si en verdad deseamos obtener una sólida resiliencia espiritual, debemos operar en la fe. Esto no implica pensar que todo se va a resolver. Implica conocer a Dios y entender Su soberanía. Eso fue lo que le permitió a Jeremías y a muchos otros siervos del Señor seguir adelante a pesar de toda adversidad, de todo proceso y de todo dolor. Él se lo dijo claramente al profeta y sinceramente espero que a través de él, nosotros también seamos alumbrados.

“Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe de conocerme y de comprender que yo soy el Señor, que actúo en la tierra con gran amor, derecho y justicia, pues es lo que a mí me agrada, afirma el Señor”.

Jeremías 9:23 y 24 NVI



Capítulo cinco

LA RESILIENCIA DEL NUEVO HOMBRE

“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”.

1 Corintios 15:45 al 49

Nunca deberíamos considerar a los personajes del Antiguo Testamento, si no tenemos la capacidad de pasar sus ejemplos por la cruz. El Nuevo Pacto es absolutamente diferente, porque después de Cristo todo cambió. Pablo escribió que las cosas que se escribieron para nuestra enseñanza se escribieron (**Romanos 15:4**), por lo tanto, no estoy diciendo que son de desechar, sino que debemos interpretarlas correctamente.

Yo siempre utilizo los ejemplos de los héroes de la fe, porque aun en el libro de hebreos, el Señor los da como claros ejemplos, pero siempre hago hincapié, en que nosotros tenemos un mejor Pacto, y que, seguramente, ellos darían todo sus bienes y poder, para obtener lo que nosotros tenemos en Cristo. Aun así, es difícil asimilar que, a pesar de tantas adversidades, debilidades y pactos adversos, lograran producir una resiliencia verdaderamente admirable.

Ellos tuvieron visitaciones del Espíritu en determinados momentos, portaron la unción en una vara, en una quijada de asno, o en un manto, pero nosotros tenemos al Espíritu Santo habitando nuestro ser, y a su vez nosotros habitamos en Cristo. Es imposible que, ante esta maravillosa gracia, no cultivemos una resiliencia espiritual extraordinaria.

Bueno, en realidad esto se produce, al cultivar una profunda comunión con el Señor y permitir que Él gobierne nuestra vida por completo. Sin embargo, debo admitir que en la Iglesia actual, no está ocurriendo como debería. Es muy lamentable, pero miles y miles de hermanos que dicen vivir el Nuevo Pacto, se ven débiles, y sin resiliencia espiritual.

Actualmente, hay en la tierra casi ocho mil millones de personas; sin embargo, el panorama global del Nuevo Pacto, bíblicamente, está expresado a través de dos hombres. Adán y Cristo. Vieja naturaleza y nueva naturaleza, el terrenal y el celestial, el alma viviente y el espíritu vivificante, el hombre

de pecado y el Santo, el que está en maldición y el bendito, el condenado y el Eterno, el esclavo y el que es rey.

El primer hombre es Adán y, por supuesto, incluye a Eva, porque ambos fueron un solo ser (**Génesis 5:1 y 2**). El segundo hombre es Cristo, y en Él también se incluye la Iglesia, porque espiritualmente somos un solo ser (**Efesios 5:30 y 32**). Sea que creamos en el evangelio o no, ningún ser humano puede estar fuera de estas dos naturalezas. Siempre estaremos en la esencia de Adán o en la esencia de Cristo, porque no existe una tercera.

Si alguien no ha recibido la Gracia, permanecerá en Adán y manifestará su naturaleza pecaminosa. Si alguien ha recibido la Gracia, permanecerá en Cristo y manifestará su santa naturaleza. La vida sin Cristo solo es la expresión de la vieja naturaleza, la vida con Cristo es la expresión del Nuevo Hombre. Es decir, que el Nuevo Hombre no debe ser visto como un simple cristiano evangélico, sino como la expresión de todos los renacidos, viviendo en verdadera comunión espiritual, porque el Nuevo Hombre es Cristo.

La Biblia nos enseña que Dios hizo a Adán a semejanza de Cristo, y que fue el primer hombre con vida. Cristo es eterno y preexistente, pero un día encarnó como el segundo Adán, segundo en el orden de manifestación terrenal. El primero pecó y perdió su posición y su propósito. El segundo vino para recuperar todo lo que el primero había perdido (**Lucas 19:10**).

El primero perdió su vida espiritual, porque al pecar perdió su comunión con Dios y lo alcanzó la muerte. El segundo es Espíritu vivificante, mantuvo la comunión con el Padre por causa de su perfecta obediencia, y aunque lo alcanzó la muerte del primero, no pudo ser retenido y resucitó al tercer día.

Los seres humanos que viven en Adán no pueden tener comunión con Dios, viven en pecado, han perdido su propósito, y están condenados a una muerte eterna, por eso, a pesar del potencial que puedan tener, todo es limitado e imperfecto. Aun así, con esa vieja naturaleza, los seres humanos han hecho grandes proezas y han demostrado una gran resiliencia natural.

Los que vivimos en Cristo, disfrutamos de una hermosa comunión con el Padre, vivimos en santidad, tenemos propósito, y hemos sido liberados para vida eterna. Es por eso que se nos debe revelar, que nuestro potencial, no es solo el natural, sino también el de Cristo, porque ahora vivimos en Él, somos en Él y nos movemos en Él (**Hechos 17:28**). Esto significa que además de la resiliencia natural que podamos tener, contamos con la resiliencia espiritual de la persona de Cristo.

El primer hombre fue hecho del polvo de la tierra. El segundo hombre vino del cielo. Todos los que vivimos en esta tierra tenemos un cuerpo como el de Adán, que fue hecho de tierra, pero al mismo tiempo, todos los que vivimos en Cristo, podemos expresarlo espiritualmente y a través de

nuestra vida natural. Por supuesto que aún no somos lo que llegaremos a ser, todavía vivimos lo imperfecto y lo limitado, pero vivimos con una esperanza que las personas sin Dios, lamentablemente, no tienen.

Todos los seres humanos nacimos en Adán, y estábamos condenados, pero cuando nos alcanzó la Gracia del Señor, comprendimos que el cumplimiento de la condena, fue sobre Jesucristo. Nosotros recibimos una nueva vida en Él. Ese es el milagro de la regeneración, que en griego se escribe con la palabra *“Palinginēseō”*. Este es el glorioso acto de nacer de nuevo (**Tito 3:4 al 7**).

La regeneración fue un suceso y no un proceso, es nacer de agua y del Espíritu (**Juan 3:3 al 6**). La regeneración es producida por dos razones básicas y fundamentales. En primer lugar, es que Dios necesita recrear nuestro espíritu humano, porque nuestra vida fue corrompida por el pecado y perdimos la esencia espiritual que permite la comunión con Él, que es Espíritu (**Juan 4:24**).

En segundo lugar, la regeneración permite que Dios mismo se imparta como vida en nosotros (**Juan 1:13**). Nacemos en Él y obtenemos no solo Su semejanza, sino también todas sus virtudes. Ahora somos hijos de Dios y podemos expresar a Cristo, dando frutos espirituales (**Gálatas 5:22**). El crecimiento de esta verdad espiritual, nos va permitiendo avanzar hacia la verdadera plenitud de vida. El apóstol Pablo escribió:

“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad...”

Colosenses 2:9 y 10

Las leyes contenidas en cualquier clase de vida, provocan conocimiento espontáneo de cómo vivir. No me refiero al desarrollo intelectual o cultural, sino a la dinámica misma de la vida. Es decir, cuando un niño nace, simplemente respira, se expresa para solicitar alimentos, mira, palpa y se desarrolla naturalmente. Cuando nosotros nacimos en Dios, no comenzamos a expresar la vida espiritual por hacer un curso de teología, sino por avanzar en la madurez espiritual.

Los frutos se producen por naturaleza, no por enseñanza. No se le puede enseñar a un limonero a producir limones, ni a una gallina se le puede enseñar a poner huevos. Estas especies y cualquier otra que se nos ocurra poner como ejemplo, dan frutos por naturaleza, no por instrucción. Los hijos de Dios, debemos dar frutos por dinámica de vida y no por orden pastoral. La resiliencia no viene a nosotros por motivación, sino por la revelación producida por la vida.

El discipulado y la instrucción son para lograr el perfeccionamiento de los santos (**Efesios 4:12**), pero no se realiza para que seamos, sino por causa de que somos hijos de Dios y debemos avanzar al propósito. La expresión innata de la vida del Espíritu en nosotros, nos otorgará la resiliencia y las capacidades necesarias para vivir en victoria.

La vida del Espíritu nos conecta a la mente del Nuevo Hombre, para llevar toda razón a la sujeción de la verdad. La renovación de nuestro entendimiento nos afirma y confirma, en la verdad presente, de cuál es exactamente el alcance del Nuevo Pacto. Esto implica que una persona sin Dios, cuando está ante una dificultad, evalúa sus limitaciones, pero nosotros, ante la misma adversidad, podemos observar y reaccionar desde las dimensiones de Cristo.

Le doy un ejemplo: imaginemos que podemos ver a Jesús físicamente, imaginemos que podemos interactuar normalmente con Él, aunque nadie más que nosotros pueda verlo. Imaginemos de pronto, que vamos al médico y que recibimos un diagnóstico contrario, o que nos aparece una deuda enorme muy difícil de pagar, o que se levanta una terrible tempestad y todas las personas entran en pánico. Imaginemos que nos avisan que falleció un ser querido, o que sufrimos pérdidas materiales. Sin dudas, todo esto puede ser muy feo, todo puede causarnos un gran dolor, seguramente todo nos producirá sensaciones negativas, pero pregunto: ¿No miraríamos a Jesús rápidamente? ¿No sentiríamos paz al saber que Él está junto a nosotros? ¿No recibiríamos esas situaciones con la certeza de que saldremos adelante?

Ahora bien, este ejemplo de Jesús a nuestro lado, puede parecer un deseo improbable. Sin embargo, debo decir, que el Pacto que vivimos es muchísimo mejor que eso, porque Él no está a nuestro lado, Él está dentro de nosotros por Su Espíritu, y nosotros estamos dentro de Él por Su cuerpo. El Pacto que vivimos es glorioso, y ciertamente

podemos admirar a José, a Job, a David, a Jeremías, o a Daniel, pero lo que nosotros tenemos es muchísimo mejor que lo que ellos vivieron.

Seguramente cualquiera me podría decir que es lógico y absolutamente obvio, pero si en verdad lo fuera desde la revelación, ¿no deberíamos los cristianos ser personas diferentes? ¿No deberíamos manifestar una seguridad y una fortaleza sobrenatural? ¿No deberíamos evidenciar una gran diferencia con personas que viven bajo el gobierno del mismo diablo?

La Iglesia es transformada por esas verdades reveladas, y si los líderes obramos con absoluta responsabilidad, y las impartimos de forma adecuada, todos los santos comenzarán a expresarse como embajadores del Reino y como agentes de reforma en todo ámbito de la sociedad. Por eso es tan importante, una impartición espiritual y no religiosa, respecto de las verdades presentes. La enseñanza, sin unción, solo es instrucción, pero jamás será la revelación que la Iglesia necesita.

La realidad espiritual, como verdad absoluta, nada tiene que ver con estructuras institucionales. La Iglesia es un organismo vivo, no una organización religiosa. La expresión del Nuevo Hombre, no se produce por doctrina teológica, sino por verdad revelada. El mundo no necesita una religión llamada cristianismo, sino un Reino expresado por gente espiritual y sabia.

La resiliencia espiritual es la expresión de la vida de Dios en nosotros, es el poder de Su naturaleza y Su esencia revelada a través de la verdad. Si la Iglesia logra comprender estas tres cosas fundamentales, también logrará expresar de manera efectiva la fortaleza del Nuevo Hombre, el único capaz de producir una esperanza inquebrantable.

Nosotros no podemos expresar la vida de Cristo con efectividad a todo el mundo, sin la revelación de lo que significa sostener una vida de profunda comunión espiritual con el Señor. Adán, por causa del pecado, perdió su comunión con Dios, y eso destruyó su eficiencia para expresarlo. Recordemos que él había sido creado a imagen y semejanza, pero el pecado cambió esa condición. Nosotros tenemos plena comunión con Dios y, además, recuperamos Su semejanza a través de Su vida.

Muchas personas en el mundo, dicen creer en Dios y dicen rezar a su manera. Sin embargo, si no recibieron la Gracia de la regeneración, en verdad no lo conocen y la resiliencia que pueden tener, solo es el resultado de lo que tienen en el alma, sea fe en algo, o actitud emocional, pero no pueden tener resiliencia espiritual verdadera. Nosotros gozamos de una preciosa comunión con Dios, estamos en Cristo y tenemos acceso al Padre. Nosotros no podemos, o diría que claramente no debemos carecer de abundante resiliencia espiritual.

Sinceramente, los hijos de Dios, debemos subir a una dimensión de compromiso mayor y de entrega total. Una

Iglesia sin la valoración correcta que produce la revelación espiritual, podrá practicar una religión, pero jamás podrá manifestar la verdadera unción del Espíritu, y es precisamente eso lo que el mundo necesita ver y recibir.

Durante muchos años de ministerio, he gritado, en cuanto lugar he podido, que la plenitud del Reino se consumará en la venida física del rey, pero la Iglesia ya está viviendo las arras del Reino, porque tenemos un Rey, y porque reconocemos Su gobierno. El mundo no vive Reino porque está bajo el poder del maligno, pero la Iglesia sí debe vivir bajo el gobierno de Dios. Los cristianos que enseñan que el Reino solo vendrá en la venida de Cristo, parecieran creer que solo serán gobernados cuando Él llegue, pero antes de eso no. Sinceramente, creo que es muy triste pensar así, porque los que enseñan esto, limitan la manifestación del Reino desde el corazón de todos los hijos de Dios.

Es más, deberíamos preguntarnos ¿Dónde queda la autoridad de gobierno espiritual de la Iglesia, si todavía no vivimos Reino y no puede ser manifestado? Esto debe ser bien claro para nosotros: *“Ya tenemos Rey, ya vivimos Reino, y aunque todavía veamos en parte, oscuramente y como por un espejo, lo perfecto llegará con la venida del Rey de gloria”*. Mientras tanto, debemos manifestar Su gobierno, aceptando Su voluntad en todo tiempo, y comprendiendo que nada puede ocurrirnos sin Su permiso. ¡Nada!

“Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos

lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá...”

Apocalipsis 1:5 al 7

Aquí vemos claramente su poder de gobierno y la Gracia con la cual nos ha posicionado. En primer lugar, como hijos, dándonos Su propia naturaleza, luego como sacerdotes, con lo cual podemos mantenernos en plena comunión espiritual, y también como reyes, con lo cual, podemos ejercer la autoridad, manifestando el Reino hasta Su venida. ¿En verdad creemos que la vida nos puede llevar de un lado a otro como una pequeña ave sacudida por el viento? De ninguna manera, y aunque fuéramos pequeñas aves, Dios nunca se desentendería de nuestra dirección (**Mateo 10:29**). Aun así, no somos aves, somos hijos del Dios Altísimo.

Si en verdad queremos ser efectivos a la hora de producir resiliencia espiritual, debemos procurar que la Palabra de Dios, pase de la dimensión de la letra a la dimensión de la vida, de la dimensión del sonido, a la dimensión de los hechos, y personalmente creo, que la Iglesia de hoy, tiene una gran deuda al respecto.

No digo que siempre ha sido así, tenemos grandes trofeos obtenidos en la historia, por muchos mártires y héroes de la fe. Tampoco digo que sea en todos los casos, porque conozco a muchos hermanos que ciertamente han pasado por procesos impresionantes, y han salido adelante demostrando

una admirable resiliencia espiritual. Pero sí me refiero a un importante porcentaje de cristianos, que movidos por la cultura del sistema actual, no logran desarrollar la cultura del Reino.

La Palabra no es dada por el Espíritu para motivación del alma, debe ser sembrada en nuestro espíritu para fructificación. Cuando hay teología, pero no hay vida, no puede haber luz. Si no hay luz, que es la revelación, no puede haber fe, y sin fe, no hay bases para la resiliencia espiritual. Por eso es tan trascendente que todos los ministerios de la Iglesia trabajen desde la unción, no desde las capacidades meramente humanas.

Si deseamos obtener verdadera resiliencia espiritual, necesitamos vivir en la unción de Jesucristo. No me refiero a creer en Su existencia, eso está fuera de toda consideración, me refiero a Su vida, porque en Su vida, están impresos los códigos de la fe. Observemos que Jesús, no decía que creía en el Padre, sino que era uno con Él (**Juan 10:30**), por eso expresó:

“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”

Juan 6:38

Hay quienes creen que esta sensacional postura de obediencia, fue algo lógico, pero en realidad no lo fue. Jesús tuvo que aprender a obedecer y a través de Su vida nos enseñó que nosotros también podemos hacerlo (**Hebreos 5:7**)

al 9). Esa es la legalidad de la fe. Jesús no encontró fortaleza en el Padre pensando que tal vez lo libraría de la cruz, sino pensando que la cruz era la voluntad del Padre. Por eso anteriormente mencioné el Getsemaní, donde Jesús expresó.

“Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya...”

Lucas 22:42

Aquí vemos el contraste entre la voluntad del Jesús hombre y la perfecta voluntad de Dios. La voluntad humana tuvo que ser quebrantada para que Dios pudiera conducirlo del sacrificio al Trono, y para que toda la plenitud de la deidad pudiera habitar en Él (**Colosenses 1:19; 2:19**). Jesús no insistió en Su voluntad humana, y no se negó a la soberanía del Padre, sino que se entregó en Sus manos como la máxima expresión de amor que alguien pudiera brindar. ¡Ahí es donde se encuentra la resiliencia!

Es imposible aprender obediencia sin llegar a ser quebrantados. Es imposible ser hijos de Dios y pretender una vida sin procesos o dificultades. No deberíamos pedirle a Dios que no permita las dificultades en nuestras vidas, sino que deberíamos rogar por obtener la capacidad de afrontarlas. El primer pedido nos dejaría reprobados, pero el segundo, nos metería en promoción. ¿Cuál realmente deseamos?

Si tuviéramos un niño pequeño, y pretendiéramos criarlo sin que tenga que enfrentar problemas. Si le evitáramos todo esfuerzo, toda dificultad, y todo riesgo, lo

único que conseguiríamos sería el desarrollo de una persona inútil, e incapaz de manejarse solo en la vida.

Imaginemos una escuela creada para educar a niños, sin provocarles dificultades, sin desafíos, sin esfuerzos, y sin exámenes. ¿No sería una escuela formadora de necios? Las pruebas en las escuelas, o en las universidades, no son del agrado de los estudiantes, pero tampoco son sus enemigas; las pruebas son para la promoción. No son dadas para producir fracaso, son dadas para dejar a los alumnos más cerca del título.

En la vida ocurre lo mismo: pedirle a Dios que no vengan las pruebas, solo producirá necios, pero pedirle que vengan las pruebas correctas, y pedirle la capacidad de resolverlas sabiamente, es el camino a la promoción del Reino. ¿A qué me refiero con las pruebas correctas? Bueno, a esas que no vienen por imprudencia, o por desobediencia.

En la vida pueden venir tormentas como la que enfrentó Jonás, o como la que enfrentó Jesús. El primer tipo de tormentas son producidas por acciones necias, pero las segundas, son producidas justamente por caminar en obediencia al Padre.

Como hijos de Dios, estamos entrando en los tiempos finales, y creo que es de vital importancia que extrememos sin reservas nuestro compromiso, nuestra entrega y nuestro amor. Si alguien me preguntara de manera personal, ¿qué es lo que necesitamos para obtener verdadera resiliencia

espiritual? Diría sin dudar que después de la vida en Cristo, lo que necesitamos es humildad” (**Mateo 11:29**), porque humildad, es la raíz de todas las virtudes.

Los hijos humildes aceptan la soberanía del Padre y no resisten a Su propósito. Los hijos humildes reconocen sus limitaciones y creen en las virtudes de Cristo. Los hijos humildes no buscan justificaciones personales, sino que procuran abrazar la infinita gracia del Padre. Los hijos humildes no evitan las pruebas, ni luchan contra ellas, solo ruegan al Padre por sabiduría y capacidad para resolverlas, o superarlas a su tiempo, haciendo todo para alabanza y gloria del Señor.

“Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él los exalte a su debido tiempo”.

1 Pedro 5:6



Capítulo seis

LA RESILIENCIA CORPORATIVA

“Más no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado...”

Juan 17:20 al 23

Estas palabras fueron expresadas por Jesús mismo en los días de Su carne y antes de la crucifixión. Si queremos ser efectivos en la expresión del cuerpo de Cristo, debemos procurar que estas palabras, dejen de ser una enseñanza teológica y fría, para convertirse en una realidad espiritual, poderosa y palpable. ¿Por qué pretendo tratarlas? Porque hemos visto la resiliencia natural y la resiliencia espiritual, ahora deseo mostrarles que esta última, también tiene una

expresión corporativa que justamente se desprende del Nuevo Hombre.

Lamentablemente, hoy la Iglesia no logra manifestar la unidad verdadera, porque carece de verdadera obediencia al Padre. Cada ministro, líder o autoridad espiritual, se escuda detrás de sus ideas, de sus doctrinas, o de los dogmas de sus instituciones, pero al final, todos tienen una explicación para la intolerancia que expresan al negarse a la verdadera unidad de la Iglesia.

Todo pastor predica unidad en su congregación, pero difícilmente encontramos pastores unidos en los consejos de las ciudades. Jesús llegó a ser uno con el Padre, porque se negó a sí mismo y no porque reclamó derechos. Bajo esa revelación, le pidió que todos los hijos vivamos en unidad, porque dijo que si esa unidad llegaba a ser perfecta, el mundo simplemente creería.

En otras palabras, si el mundo no está creyendo en la verdadera esencia de la Iglesia, debe ser porque no la está viendo espiritualmente unida. La falta de entendimiento de lo que dijo Jesús, hace que muchos, lleguemos a considerar que al final, bien, podemos trabajar solo con la gente de nuestro ministerio y obtener resultados. El problema es que la Iglesia no es un ministerio, ni una denominación determinada, mucho menos una congregación. La Iglesia es la expresión de todos los renacidos que habitan este mundo.

También son la Iglesia todos los que partieron en estos más de dos mil años, pero hoy no son la expresión en la tierra, ellos lo serán en la primera resurrección de los muertos, pero ahora la responsabilidad es de los que estamos presentes, con la legalidad de un cuerpo de carne.

Lo cierto es que la unidad permitirá que el mundo vea el cuerpo, y además producirá propósito. Esa unidad no es el resultado de acuerdos doctrinales, sino de obediencia al Padre. La muerte de la vieja naturaleza y la humildad citada en el capítulo anterior, es lo que permite manifestar la verdadera unidad. Por el contrario, lo que la está impidiendo es la carnalidad, el orgullo, y el ego ministerial.

Pero no quisiera, en este momento, seguir profundizando en los motivos, o en las estrategias de unidad que debería procurar la Iglesia, si no más bien voy a enfocarme en la resiliencia espiritual corporativa, solo menciono con dolor la falta de unidad, porque es ahí donde radica el principio de su manifestación. La unidad verdadera es sobrenatural, y es donde nuevamente vemos en acción a las matemáticas del Reino.

“¿Cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil, si su Roca no los hubiese vendido, y Jehová no los hubiera entregado?”

Deuteronomio 32:30

Si uno es capaz de perseguir a mil personas, la lógica diría que dos serían capaces de perseguir a dos mil personas,

la matemática normal conserva su posición sobre las bases de la razón, pero las matemáticas del Reino rompen todo por causa de la soberanía de Dios.

Es más, si tratamos de ajustar las matemáticas a la lógica, es muy poco probable que una persona de manera literal pueda enfrentar a mil hombres. Ahora bien, si nos remitimos a la fe, todo se puede romper, porque en la Biblia lo encontramos a Sansón matando a mil filisteos (**Jueces 15:15**). De todas maneras, y ante una situación semejante, podríamos imaginar a dos personajes como Sansón, capaces de perseguir a dos mil hombres, pero ¿Podrían perseguir a diez mil?

¿Cómo podemos interpretar el hecho que dos puedan hacer huir a diez mil y no solo a dos mil? El mismo texto da una explicación espiritual al asunto. La matemática del Reino se presenta en forma de pregunta, nuestra razón de inmediato puede responder que es imposible, pero la segunda parte nos eleva a la fe y para el que cree, todo es posible (**Marcos 9:23**).

Lo que necesitamos es comparar la palabra Roca, de este versículo veinte, con la palabra Roca, de los versículos tres y cuatro del mismo capítulo, que dicen: *“Porque el nombre de Jehová proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios. Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en Él, es justo y recto”* (Deuteronomio 32:3 y 4).

Entonces, ¿quién es la Roca? Bueno, claramente la Roca es Dios. De esta manera, podemos responder lo que la matemática humana en el ejercicio de la razón no puede concebir. Cuando Dios interviene uno más uno, es todo lo que Dios desea, y así como lo hizo con Su pueblo Israel, Él interviene en la expansión de la Iglesia actual, ya no para que peleemos contra filisteos, ni con quijadas, ni con espadas, sino que avancemos, ante esta generación tan espiritualmente degradada, poniendo en alto Su Palabra.

Sin dudas, la unidad de la Iglesia manifiesta un gran poder espiritual, porque la unidad es un principio fundamental del Reino. Jesús dijo: ***“Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*** (Mateo 18:20). En el contexto de este pasaje, Jesús estaba hablando de perdón, y de hecho, también podríamos considerar que si en lugar de estar reunidos con dos o tres hermanos estamos solos, Él también estará ahí. Sin embargo, reitero, lo que deseo considerar es el principio.

Él se agrada y nos demanda unidad, porque en la unidad hay una clara manifestación de poder. Todos los renacidos somos miembros de un mismo cuerpo, que es el cuerpo de Cristo, quien, a su vez, es la Roca (**1 Corintios 10:4**). Él es el fundamento y no podemos, o mejor dicho, no debemos expresarnos fuera de Él; por eso es clave la unidad.

La Roca significa la fortaleza y la estabilidad incommovible, y en Él, podemos permanecer firmes y hacer que las tinieblas simplemente retrocedan. En las matemáticas

del Reino se da el milagro de la multiplicación, porque se puede elevar el resultado a una décima potencia, cuando dos cristianos nos unimos bajo un mutuo acuerdo espiritual.

Y digo acuerdo espiritual, porque la verdadera unidad, no se manifiesta porque nos juntemos para hacer algún evento. Eso siempre puede ser bueno, pero debemos reconocer que muchos eventos de supuesta unidad, se han realizado con claras y evidentes diferencias. Lo que necesitamos es verdadera comunión espiritual. No necesitamos estar de acuerdo en todo, debemos comprender que estamos unidos por la verdad y no por las razones que podamos expresar.

Todos tenemos un mismo Padre, una misma Sangre, un mismo cuerpo, un mismo Espíritu, una misma fe, y una misma esperanza (**Efesios 4:3 al 7**), no necesitamos estar unidos en cuestiones periféricas, la unidad de la Iglesia es fundamentalmente espiritual, y cuando eso se produce, manifestamos verdadero poder.

La matemática del Reino funciona, solo en la medida en que obedecemos la voluntad del Rey. El sistema social y cultural que enfrentamos hoy en día, es muy perverso y peligroso. Si como hijos del Reino, no comprendemos lo que significa la unidad espiritual y nuestra siembra en el mundo, no estamos comprendiendo las verdaderas dimensiones del evangelio.

“El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo”.

Mateo 13:37 al 40

La verdadera penetración del Reino debe ser en el campo, no en el culto, y el campo es el mundo, no es la congregación. Como hijos de Dios, debemos estar dispuestos a morir a nosotros mismos y a trabajar en la unidad espiritual para que el mundo crea. Esto debemos hacerlo, sabiendo que la hostilidad espiritual se desata contra la Iglesia cuando los santos manifestamos la unción.

El sistema de oscuridad que hoy se vive en este mundo, no reacciona ante una Iglesia religiosa o dividida, pero se levanta cuando la Iglesia logra expresarse en unción y unidad espiritual. Cuando esto ocurre, lo que necesitamos no es una quijada de asno, ni una espada, ni una vara, ni un manto; lo que necesitamos es resiliencia espiritual.

En las puertas del fin de los tiempos, antes de la venida del Señor, la Iglesia deberá enfrentar dos desafíos fundamentales: primero, manifestar la unción verdadera, libre de religiosidad y humanismo, mientras que, por otro lado, tendremos que resistir la hostilidad con gran resiliencia espiritual.

La unción no deberá ser la de un famoso ministro, sino la de un cuerpo expresándose en unidad, y la resiliencia espiritual, también deberá ser corporativa. Hemos visto que un hijo de Dios, no solo cuenta con la resiliencia natural, sino que además, tiene acceso a la espiritual. Ahora bien, lo que debemos entender, es que bajo las matemáticas del Reino, esa resiliencia espiritual, cuando es corporativa, se multiplica de manera exponencial.

Los cristianos debemos despertar a la verdad, debemos dejar de criticarnos y atacarnos unos a otros a través de las redes sociales. La ignorancia expresada en críticas y murmuraciones es verdaderamente descomunal. Debemos salir de esa ignorancia, debemos caminar en sabiduría espiritual y practicar la tolerancia, observando a nuestros hermanos en la unidad de Cristo, no en las diferencias doctrinales.

Por supuesto, no me estoy refiriendo a las doctrinas fundamentales, eso ya lo he aclarado en varios de mis libros. Si tuviéramos diferencias en las doctrinas fundamentales, estaríamos hablando de diferentes evangelios y eso sería irreconciliable. Me estoy refiriendo a las doctrinas periféricas que pueden ser importantes, pero que no deben sacarnos de la verdadera unidad espiritual en Cristo.

Recordemos las palabras de Jesús al Padre celestial: ***“Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya...”*** (Lucas 22:42). Aquí vemos el contraste entre la voluntad del Jesús hombre y la perfecta voluntad de Dios. La humana tuvo que

ser quebrantada para que Dios pudiera conducirlo del sacrificio al Trono, y para que toda la plenitud de la deidad pudiera habitar en Él (**Colosenses 1:19; 2:19**).

Nosotros también tenemos las mismas posibilidades que Jesús tenía, si es que estamos dispuestos a ser un sacrificio para manifestar a un solo y Nuevo Hombre. El apóstol Pablo lo expresa muy bien: ***“Por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones, por amor de su nombre”*** (**Romanos 1:5**).

Es imposible aprender obediencia sin llegar a ser quebrantados. Hay muchas personas que dicen querer la unidad de las diferentes congregaciones, pero parecen vanas las buenas intenciones, ya que los líderes se hacen grandes en sí mismos, fuertes en sus opiniones, tal como los miembros que ellos mismos convocan para tomar partido.

Lamentablemente, parece que cada vez hay más desacuerdos y controversias entre los líderes de diferentes denominaciones. Ninguno quiere doblegarse. Muchos hablan sobre el amor, pero basta que alguien predique algo diferente, para atacarlo despiadadamente. Lo tildan de falso ministro, o de diabólico, y lo señalan diciendo que es lo suficientemente peligroso como para evitarlo.

Las diferencias no solo son doctrinales, sino que también surgen de la estúpida competencia de quién es el de mayor éxito, mayor congregación, mayor salón de reunión, mejor estado financiero, o mayores logros ministeriales. En

definitiva, puedo decir que es muy lamentable lo que ocurre en muchos casos, porque estas actitudes están evitando la unicidad de la Iglesia, e inevitablemente ante la necesidad de la expresión del Nuevo Hombre, vendrá quebranto de la vieja naturaleza que procura un rol que el Señor jamás le asignó.

Según el apóstol Pablo, el amor no tiene envidia, no es jactancioso, no busca lo suyo, no se irrita, no hace nada indebido (**1 Corintios 13**). Si no nos doblegamos al Espíritu Santo, si no dejamos de buscar lo propio, si no dejamos de irritarnos unos con otros, si no dejamos de jactarnos por absurdos logros, no podremos expresar al Nuevo Hombre, que es Cristo en nosotros, la única esperanza para este mundo.

Vivir Reino, no deja como opción algunos puntos de vista personales. Debemos dejar de discutir de manera necia y orgullosa. Todos los ministros, deberíamos estar convocándonos a concilios espirituales para tratar algunos temas en plena comunión, y bajo la dirección de nuestro maestro, que es el Espíritu Santo. La palabra concilio viene del latín “*concilium*”, que significa unión, reunión, asamblea.

Debemos reunirnos en unión espiritual, y plantear todo tema ante aquel que nos puede guiar a toda verdad y justicia (**Juan 16:13**). La unidad debe comenzar en todos los ministros, debe comenzar en un liderazgo humilde y sujeto a la voluntad del Espíritu Santo. Debemos asumir el hecho de que tenemos muchas diferencias, y eso implica mucha gente

equivocada. No debemos autopercebirnos como dueños de la verdad, es tiempo de devolverle esa posición al único digno de ella, al Espíritu Santo.

El reordenamiento espiritual, o las reformas provocadas por el Espíritu, nos conducirán a una unción poderosa, y dicha unción provocará gran hostilidad espiritual de parte del sistema. Ante esto, no debemos claudicar, sino resistir sobre la Roca, afirmados con el poder de la resiliencia espiritual corporativa que Él mismo nos concederá.

Debemos animarnos y comenzar a pensar, a soñar, a caminar y a vivir bajo la perspectiva de las matemáticas del Reino. ¡Todo, absolutamente todo lo podemos en Cristo, quien nos fortalece! Cuando trabajamos en unidad, no hay nada que no podamos hacer, porque juntamos toda la resiliencia natural, con toda la espiritual, con todo lo que implica la plenitud de Cristo.

¿Acaso hay algo imposible para Dios? Y si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? En otras palabras, no importa lo que tengamos que enfrentar o sufrir por causa de la fe, debemos creer y avanzar en el poder del Espíritu, como bienaventurados, no como víctimas del sistema.

“Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado.

Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello”.

1 Pedro 4:14 al 16



Capítulo siete

LA RESILIENCIA Y LA REVELACIÓN

“No queremos, hermanos, que ignoreis la naturaleza de la tribulación que nos sobrevino en Asia, por cuanto fue por encima de nuestras fuerzas, a punto de que desesperemos hasta de la propia vida. Pero, ya en nosotros mismos, tuvimos la sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros y sí en el Dios que resucita los muertos; lo cual nos libró y libraré de tan grande muerte; en quien hemos esperado que aún continuará a librarnos”.

2 Corintios 1:8 al 10

Los hijos de Dios debemos comprender que en el Reino todo asunto en lo espiritual porta una esencia y una realidad. Si cuando predicamos o aprendemos del Reino, solamente tocamos la teoría, sin traspasar la verdad a la vida, lo que tocamos no tiene ningún valor presente. Debemos tener en claro que, aunque hablemos de la verdad, las palabras no son la realidad presente. Es por eso que la teología puede ser una herramienta o un arma de destrucción.

Si bien la verdad del Reino se puede expresar en la vida diaria, las doctrinas de su legalidad no pueden ser la realidad hasta que no llegan por la vía de la revelación. En otras palabras, hasta que la verdad de Dios, no es impartida desde la vida del Espíritu, que es nuestra luz, no puede haber revelación, y sin revelación, no puede haber una realidad espiritual eficiente.

De hecho, el esfuerzo humano tampoco es una realidad espiritual, antes bien es el fruto del orgullo o la religiosidad. Las buenas intenciones no hacen más que evitar la gracia, y en el Reino, la gracia es el estado más elevado de manifestación divina. Hay quienes pretenden hacer todo bien para no caerse de la gracia, pero es justamente por haber pecado que nos fue otorgada la gracia, no al revés.

Cuando Pablo plantea una caída de la gracia, lo hace por causa de la Ley, no por causa del pecado. La nueva versión internacional dice: ***“Aquellos de entre ustedes que tratan de ser justificados por la ley, han roto con Cristo; han caído de la gracia”*** (Gálatas 5:4). En otras palabras, si alguien pretende vivir el Reino a través de su propia justicia, no lo hará a través de Cristo y solo en Cristo puede encontrar la gracia necesaria para toda incapacidad humana.

Por otra parte, tenemos la tendencia de pensar que necesitamos de la gracia para salvarnos y luego la necesitamos cada vez que inevitablemente cometemos algún pecado, pero la verdad es que la gracia es para nosotros una

necesidad constante, en cada momento y en todo lugar. Espiritualmente, diría que la gracia, es como el oxígeno que utilizamos para respirar; no podemos prescindir de sus beneficios.

En el Reino, la realidad presente, no se produce por enseñanzas, no se produce por obras, sino que es generada por la gracia soberana de Dios. Esa gracia nos proporciona la vida y a través de ella accedemos a la revelación de la verdad, y sin ese pasaporte, no hay ciudadanía posible.

Todas las virtudes del Nuevo Hombres son un hecho consumado, pero se vuelven una realidad presente en nosotros, a través de la revelación. Cuando no tenemos revelación de las verdades eternas, podemos ser hijos de Dios, embajadores del Reino, reyes, sacerdotes, santos, herederos, eternos y amados, pero aun así sentirnos como evangélicos que simplemente creen.

Cuando no tenemos revelación, podemos vivir en Cristo, tener Su Espíritu, Su cuerpo, Su mente, Sus virtudes, Sus derechos, Sus dones, Sus capacidades, Su santidad, Su justicia, Su fortaleza y Su herencia, pero aun así, pensar que estamos solos, que Dios no nos escucha, o que somos desdichados por causa de algunas circunstancias de la vida terrenal.

Cuando no tenemos revelación, podemos muchas cosas en Cristo, o como dijo Pablo en **Filipenses 4:13**, todo lo podemos en Él, y aun así, pensar que no podemos

superarnos, alcanzar, conquistar, avanzar, o lograr ciertas metas que nos hemos propuesto. Sin dudas, la resiliencia espiritual, es el resultado de la revelación que podamos tener de la persona de Cristo, porque en Él está toda la fortaleza, toda la sabiduría y todo el poder.

La realidad espiritual del Reino, va más allá de la complejidad de la vida y de las circunstancias. Como podemos ver, Cristo es el que sustenta todo lo espiritual, así que todas las cosas que estén separadas de Él, aunque estén dentro de la Iglesia, solo serán enseñanzas, prácticas de culto, o hechos personales, pero sin verdadera vida.

Para que la realidad presente del Reino sea manifestada, debe proceder del Señor, el cual permanentemente nos guía por Su Espíritu a Su esencia de vida. En consecuencia, todo lo que recibimos por medio de los sentidos, o de cualquier experiencia personal, no necesariamente puede ser considerado como una realidad espiritual del Reino. Solamente lo es, todo aquello que procede del Señor.

Sin el fluir de Su esencia, las situaciones, las circunstancias y los hechos de la vida diaria, nos atraparán como personas absolutamente normales, pero en realidad no lo somos. Jesús mismo pudo autopercibirse como un carpintero trabajando en el taller, pero Él sabía que absolutamente todo lo que vivía, era una plataforma para la consumación de Su propósito como redentor del mundo.

Todo lo que somos en Cristo, nos eleva por sobre las situaciones netamente naturales de la vida. Nosotros somos embajadores del Reino, y todo lo que hacemos o vivimos, se desarrolla en el escenario del propósito eterno. Si no logramos ver eso, nos vamos a frustrar, o vamos a reclamar simple bienestar, sin comprender propósito.

Pablo dijo a los hermanos de Corinto: no quiero que ignoren que la naturaleza de la tribulación que nos sobrevino en Asia, obedeció a la realidad presente del Reino, no a los infortunios de la vida. Él dijo: tuvimos sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros, sino en el Dios que resucita a los muertos (**2 Corintios 1:8 al 10**). En otras palabras, es como si Pablo dijera: *“Enfrentamos adversidades con el conocimiento de que podíamos morir, pero después de todo, si aun ese era nuestro final, no consideramos detenernos, porque estábamos caminando en Su propósito, lo cual nos daba la certeza de que Él nos resucitaría...”*

Al leer las Escrituras, no dudamos que el apóstol Pablo sufrió muchísimo por causa del evangelio del Reino, pero también notamos que en su alma, no había ni una pizca de acusación o de amargura contra el Señor; por el contrario, llegó a decir que él se gloriaba en las tribulaciones (**Romanos 5:3**). Esto era así porque él entendía que todo le ocurría dentro del propósito divino y que por tal motivo, todo estaba bajo la supervisión del Padre.

Pablo no se convirtió en una persona frustrada, y nunca se consideró víctima de las circunstancias. Nunca culpó a nadie por sus sufrimientos, y mucho menos a Dios. Él lo recibió todo como parte de su compromiso con Cristo, y confió en que Dios se encargaría de capacitarlo y fortalecerlo para superar toda prueba.

Hubo algunas ocasiones en las cuales, Pablo sufrió presiones tan agudas que no estuvo seguro de poder seguir viviendo (**2 Corintios 1:8**). Sin embargo, él nunca se volvió atrás. Nada le hizo retroceder o rendirse. Su resiliencia espiritual era generada por la revelación de la verdad presente del Reino. Saberse en la persona de Cristo le permitió sumergirse en la más densa oscuridad sin temor a nada.

Quizá uno de los acontecimientos que más marcó su relación con Bernabé fue la deserción de Juan Marcos, ya que al llegar a Perge de Panfilia, sin motivo aparente, este lo abandonó y regresó a Jerusalén (**Hechos 15:36 al 41**). Conozco ese fuerte sentimiento de ser abandonado por hermanos en la fe, sobre todo cuando se traicionan los códigos de lealtad expresados anteriormente. Es difícil asumir que aquellos que nos abrazaron con afecto y supuesta sinceridad, luego puedan apartarse despreciando el amor verdadero.

En el ministerio siempre se producen deserciones, no conozco pastores que no hayan pasado por la amarga experiencia de la traición. Muchas personas abandonan las iglesias escudadas en débiles razones, sin comprender el gran

daño que producen a sus líderes. Pero el viaje continúa, el ministerio es así, el servicio a Dios es así. Jesús nos enseñó, a través de Su vida, lo que implica ser leal y, aun así, ser traicionado por los más íntimos.

Tampoco los detractores pudieron lograr que Pablo retrocediera. Cada lugar que él visitaba, cada iglesia que él fundaba, era visitada por sus opositores, que no solamente ponían en duda su autoridad apostólica, sino que se metían predicando otro evangelio, descalificando sus enseñanzas. Eran personas muy críticas, muy negativas, que cuestionaban todo lo que Pablo hacía, intentando señalar en él las motivaciones más oscuras.

Por supuesto que si deseamos servir a Dios con limpia consciencia, y si hacemos algo públicamente, siempre tendremos que soportar a los detractores, a los críticos, a los de fácil hostilidad. Estos ciertamente abundan. Cuando enseñé en algunos eventos, o cuando publico algo en las redes, nunca faltan quienes comentan algo negativo, o ponen un pulgar hacia abajo, señalando el desacuerdo. No se puede servir a Dios, pretendiendo que nadie nos critique, porque si lo hacemos correctamente, todo tendrá la esencia de Jesucristo, quien desde siempre ha sido criticado, lo cual no implica que no duela tanta maldad.

Pablo fue muy despreciado en su tiempo, pero eso no consiguió alterar el curso de su ministerio, él nunca se atemorizó, ni perdió su enfoque. Tampoco empezó a dudar o murmurar contra otros, y mucho menos consideró el cambiar

su mensaje buscando mayor aceptación. Si era rechazado en las sinagogas judías, se iba y les hablaba a los gentiles, si en una ciudad no aceptaban su mensaje, él perseveraba hasta que el Señor le reasignaba un destino y luego se iba, pero al final, nunca se detenía.

Por ejemplo, podemos recordar las calamidades que vivió con Bernabé en su primer viaje misionero. Al regresar a sus casas, muchos en su lugar habrían pensado que ya era suficiente, que ya habían pagado el precio por predicar el evangelio del Reino. Pero Pablo no se consideraba una víctima, por eso al poco tiempo, lo vemos buscando nuevamente a Bernabé con la finalidad de regresar a los mismos sitios donde habían estado anteriormente, y esto a sabiendas de que muy probablemente volverían a tener problemas (**Hechos 15:36**).

A Pablo nunca le faltó el valor, y eso nos debe dejar una clara enseñanza, porque sin resiliencia espiritual, cualquiera habría claudicado. Sin embargo, el apóstol, después de haber sido apedreado en Listra, al día siguiente salió de la ciudad rumbo a Derbe para continuar predicando la Palabra (**Hechos 14:19 y 20**). El entusiasmo de Pablo nunca flaqueó, y nunca pensó en volver atrás, convirtiéndose en un gran ejemplo para nosotros.

Además, también lo vemos en momentos en los que estuvo solo sin tener nadie en quien apoyarse, en sus prisiones, en sus enfermedades, en sus padecimientos. Él nunca consideró el rendirse. Incluso sus cartas dejan ver

claramente que su obra en algunas Iglesias no avanzaba, ya que, por un lado, estaban los judaizantes que se infiltraban para pervertir el evangelio y, por otro lado, crecían los problemas internos a través de hermanos que parecían no madurar. Todos estos problemas pudieron llevarlo al desánimo, pero su resiliencia espiritual fue clave para perseverar.

Cuando escribe a los Corintios, hace una lista de todas las adversidades por las que había atravesado, pero finalmente escribió: **“No desmayamos” (2 Corintios 4:16)**, porque su resiliencia espiritual era el resultado de la revelación de la realidad presente en Cristo. Cuando estamos desarrollando un plan personal, puede que si todo se complica, nos frustremos y pensemos en abandonar, pero cuando sabemos que estamos haciendo la obra de Dios, nada debe detenernos.

Todos conocemos el sublime momento en que después de ser azotados con varas y encarcelados en Filipo, Pablo y Silas cantaron adorando a Dios (**Hechos 16:23 al 25**). Muchos en esas mismas circunstancias estarían lamentándose de su desgraciada situación, pero Pablo y Silas se negaron a permitir que las circunstancias determinaran sus actitudes y esa expresión de resiliencia espiritual, rompió las cadenas de cautividad, provocando una especie de terremoto divino.

En la carta que escribió a los Filipenses, Pablo también menciona varias veces sus circunstancias como prisionero

(Filipenses 1:13 al 16). No es difícil imaginarnos cómo esto tuvo que afectar a un hombre tan dinámico como él. Su deseo habría sido andar de ciudad en ciudad, predicando en las calles y en las plazas, fundando nuevas congregaciones; sin embargo, estuvo mucho tiempo privado de su libertad.

Pablo pasó algunos años encarcelado en Cesarea y luego en Roma, pero no permitió que sus circunstancias le obligaran a terminar su carrera antes de tiempo. Leyendo sus cartas comprobamos que su mente no se estancó en la inactividad y la desesperación. Por el contrario, se valió de todas las posibilidades que su nueva situación le proporcionaban, y convirtió esas frías y oscuras celdas, para enseñar sobre la libertad en Cristo y la verdad del evangelio.

En sus días, Pablo no vio consumada una gran obra, pero supongo que en la eternidad, pudo descubrir con gran asombro, que esas pequeñas epístolas, han recorrido el mundo entero como Palabra de Dios, influenciando a millones de personas, y han marcado el rumbo de la Iglesia por más de dos mil años.

Tal vez no lo vio en sus días, pero tengo la convicción que presentía la trascendencia de sus actos, porque siempre que veía que el evangelio del Reino se expandía y que el Señor era ensalzado por la Palabra, llegaba a considerar que todo sufrimiento valía la pena, y que era un buen negocio, tener todo por basura para ganar a Cristo. Estos conceptos le llegaban por revelación, y eso es lo que nosotros debemos

apuntar, porque es la revelación de la realidad presente lo que genera verdadera resiliencia espiritual.

***“Cristo es anunciado; y en esto me gozo,
Y me gozaré aún.”***
Filipenses 1:18

Pablo vivió por encima de sus circunstancias y no estuvo dispuesto a sentirse como una víctima digna de compasión. Su resiliencia espiritual fue producto de la revelación, y eso lo sostuvo en fe. Él simplemente llegó a entender que toda situación que enfrentaba, era el resultado de la soberanía divina y, por lo tanto, se sometía gustosamente a pesar del dolor que pudieran causarle. Por eso escribió:

“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

Filipenses 3:11 al 13

La resiliencia espiritual producida por la revelación de la verdad presente, se evidencia por generar una fresca unción. El agobio, la frustración y los pensamientos negativos, generan estancamiento espiritual, y como sabemos muy bien, toda agua estancada se pudre y hiede mal. La fresca unción es como un río de agua cristalina que

proviene del trono de Dios, y que sustenta a todos los que se atreven a beber.

Quienes no andan como aguantando la vida, sino que están viviendo verdadera resiliencia espiritual, no generan carga en quienes los escuchan, sino que, por el contrario, pueden tener mil dificultades y ser de refrigerio para otros. Nunca testifican desde la amargura, sino desde la unción, no destilan hiel, sino agua limpia, no huelen mal, sino que son grato aroma a Cristo en todo lugar (**2 Corintios 2:15**).

Ahora bien, si deseamos vivir en resiliencia espiritual, producida por la revelación de la verdad presente en Cristo, necesitamos la iluminación diaria. No puede haber frescura espiritual, por causa de una revelación recibida hace un par de años. No importa cuántas experiencias hayamos tenido anteriormente, no importa cuanta luz hayamos recibido tiempo atrás, necesitamos diariamente la ministración del Espíritu Santo, porque eso es lo que nos garantiza la frescura de la unción.

Hay hermanos que suelen contar las experiencias sobrenaturales que vivieron tiempo atrás, y está muy bien que lo hagan, pero cada día debemos procurar nuevas experiencias en la intimidad con Dios. No me refiero a ver o recibir algo milagroso, me refiero al silbo apacible que es impartido por el Espíritu Santo, en la íntima y profunda comunión con Él.

El error más común que cometen muchos hermanos, y sobre todo ministros del evangelio, es descuidar sus tiempos de intimidad con Dios. Muchos, incluso, pueden hacer muchas cosas para Dios, pero no saben estar en silencio contemplando Su presencia. Oran todos los días, pero sus oraciones son más un monólogo de reiterativos pedidos, que la espera de un toque divino.

Hoy vivimos con demasiados ruidos que nos acechan, vivimos sobrecargados de actividades y responsabilidades. No importa cuán espirituales nos parezcan, si no tenemos como prioridad, pasar tiempo de calidad con Dios, no hemos comprendido la esencia del evangelio del Reino. No se puede servir a Dios, sin pasar tiempo con Él, no se puede escuchar a Dios, sin hacer silencio, no se puede obtener resiliencia espiritual, sin la diaria revelación de Su presencia.

Ante todas las aflicciones vividas, el apóstol Pablo comprendió su limitación, su incapacidad y su debilidad, pero también conoció las hermosas dimensiones de Cristo. Nuestra debilidad no se reconoce en el afán de la vida, sino en el secreto de Su presencia. Cuando nos rendimos en el silencio de una habitación cerrada, sabemos que no somos capaces de nada, llegamos a comprender que no somos dignos, podemos ver nuestra verdadera condición, pero es ahí donde somos renovados en la revelación de Su gracia.

Nuestra debilidad nos hace depender de la gracia de Dios y es en ella donde encontramos las fuerzas necesarias para seguir adelante. Eso fue lo que comprendió el rey David,

cuando los amalecitas habían atacado a Siclag la habían prendido fuego, y se habían llevado como esclavos a mujeres, ancianos y niños. Al ver esto, David y sus hombres se echaron a llorar, hasta que ya no tuvieron más fuerzas, pero los hombres se volvieron contra David echándole las culpas y quisieron apedrearlo. Sin embargo, la Palabra dice que David ***“se fortaleció en Jehová su Dios”*** (1 Samuel 30:1 al 6).

No importa el poder de los golpes que puede darnos la vida, si contamos con la revelación de Su presencia, la resiliencia espiritual será en nosotros una unción fresca y poderosa, capaz de hacernos levantar y seguir avanzando. El Señor no nos enseña en Su Palabra a creer que somos fuertes en nosotros mismos, Él no nos motiva para que avancemos, tal como hace un técnico de fútbol, Él nos permite descubrir nuestra debilidad, para que en la íntima comunión con Su Espíritu, descubramos por revelación Su poder.

Este es el énfasis de las dos cartas a los corintios escritas por Pablo: *“El poder de Dios se demuestra a través de la debilidad humana y la vida de Dios se manifiesta a través de la muerte”*. Si alguien escuchara la historia de Pablo sin entrar en detalles, no podría imaginarlo con algún tipo de limitación personal. De hecho, cualquiera podría pensar que para lograr su gestión de fe, ha sido necesario que estuviera sano y fortalecido, pero nosotros sabemos por sus escritos que en realidad vivió todo lo contrario. Sin embargo, también sabemos que en su debilidad, recibió la revelación del poder de Cristo.

Si queremos ser inquebrantables ante las adversidades de la vida, no busquemos fortaleza en nosotros mismos, más bien reconozcamos nuestra debilidad, y rendidos en Su presencia, pidamos como Moisés, ver un poco de Su gloria (**Éxodo 33:18**). Cuando Su presencia se revela, la verdad presente de Cristo se extiende como un manto que nos envuelve llenándonos de resiliencia espiritual. Es entonces, y solo entonces, cuando un río renovado y fresco fluye hacia nosotros, convirtiéndonos en canales de verdadera vida para otros, generando así, la verdadera expansión del Reino.

“De mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades. Sin embargo, si quisiera gloriarme, no sería insensato, porque diría la verdad; pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí. Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

2 Corintios 12:5 al 10

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

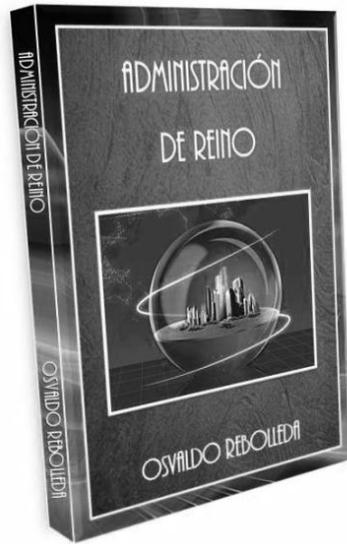
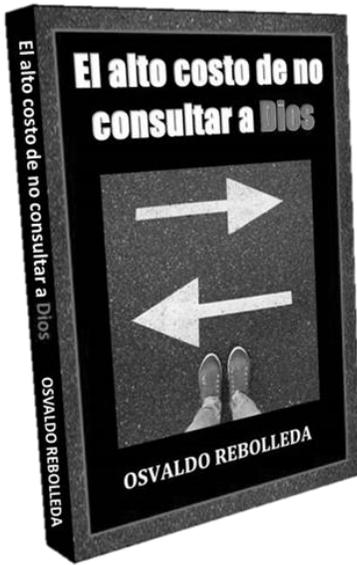
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

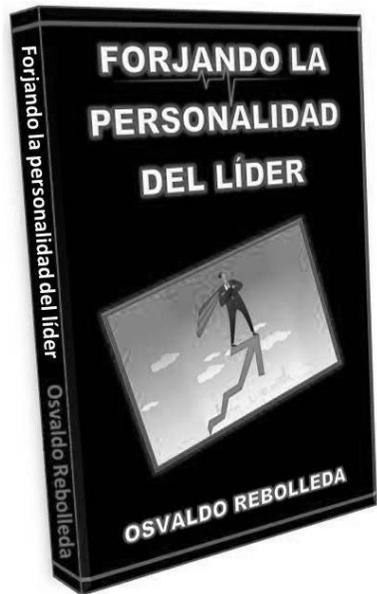
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



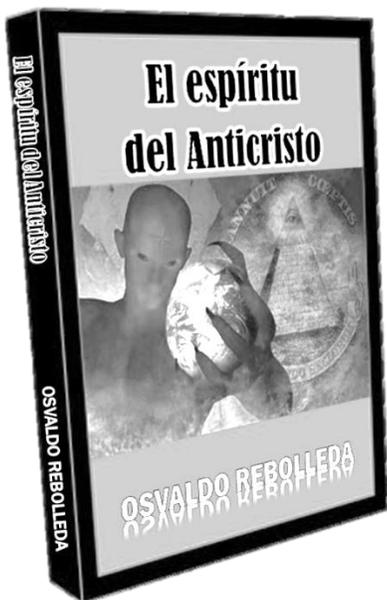
www.osvaldorebolleda.com



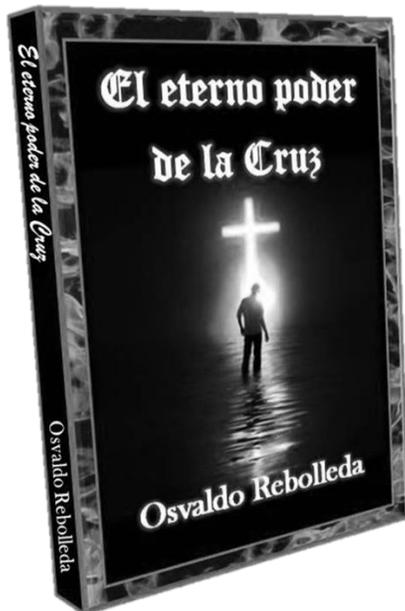
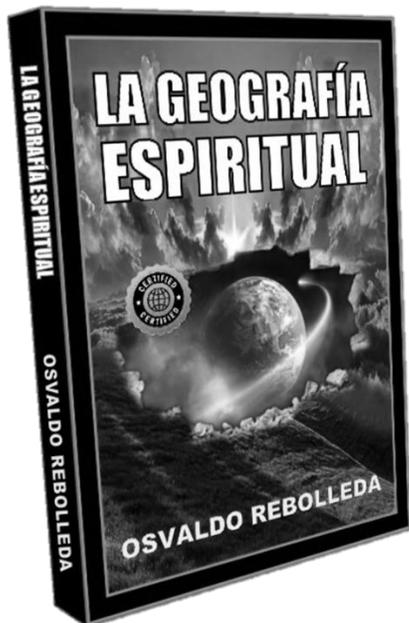


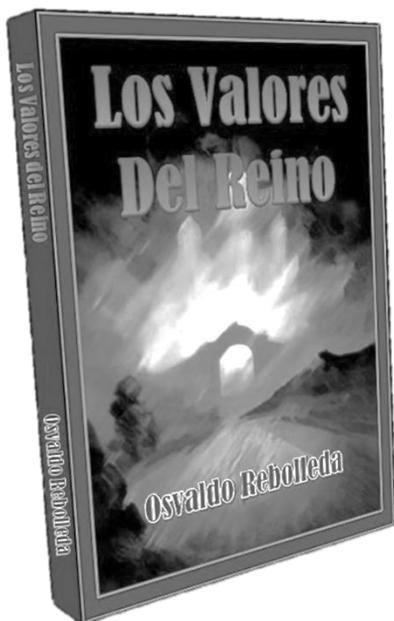
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

